

Cualquier cosa, menos quietos

universo **centro**

Número 113 - Febrero/Marzo de 2020 - Distribución gratuita | www.universocentro.com



Exponer la U

Al comienzo fue el mundo al revés. Se inauguraba la década del sesenta y Medellín discutía el modelo para ampliar la Universidad de Antioquia en busca de una “ciudadela” para la creciente ciudad. En un principio la propuesta más aceptada era llevar la nueva sede a un espacio alejado, con un prudente retiro, no fuera que ese hervidero impredecible fuera a contagiarse con ideas explosivas y gavillas atizadas al corazón de la villa. La ciudad no era peligrosa para la creciente universidad, al contrario, el campus podría enturbiar comercios, sermones y familias. Al final, aparecieron las veintitrés hectáreas que el Municipio vendió a la Universidad y se firmó el acuerdo de voluntades sellado con el correspondiente discurso: “El terreno, situado aproximadamente a un kilómetro del Centro, tiene innumerables ventajas para la universidad como para el desarrollo urbanístico de la ciudad”.

Menos de dos años después una malla protegía a la “Nueva Universidad de Antioquia”. Los peligros iban y venían, los posibles contagios ahora eran de lado y lado. Tropes, ideología, revolución contra atracos, cuchillos, comercios ilegales. Las razones para el cerramiento quedan claras en un artículo de Ariel Escobar Llano, uno de los arquitectos del campus, al recordar la idea original de Ignacio Vélez Escobar: “La Ciudad Universitaria fue concebida como un parque, y los primeros años funcionó como un parque. De ahí que no estuviera cercada por mallas. La premisa que el doctor Vélez Escobar quiso que se plasmará era que la universidad debía ser de toda la ciudad y que los domingos pudieran ir los padres de familia con sus hijos a distraerse y a disfrutar con el ambiente. En realidad todo fue muy bello en el ambiente de gestación de la Ciudad Universitaria hasta que comenzaron a robarse los equipos y ese problema fue el que determinó el cercamiento”.

La Universidad ha construido, desde entonces, una dinámica propia que incluye muchos de los problemas sociales de la ciudad siempre adobados con una buena porción de luchas políticas y grescas ideológicas. Seis días después de la apertura en la sede norte, en mayo de 1969, *El Colombiano* daba cuenta del primer tropel entre estudiantes y fuerza pública: “12 horas de combate” y “160 lesionados”. Problemas a su escala, como si fuera un laboratorio de la ciudad con su dosis de control y silencio, con su ósmosis y sus contagios permanentes.

Tal vez el más grande de sus tropes, en junio de 1973, incluyó el asesinato de Luis Fernando Barrientos, estudiante de economía, a manos de un “detective del DAS”. Ese día los estudiantes quemaron el bloque administrativo y la ciudad entera vio el penacho que salía del campus en el norte. El humo fúnebre de una universidad ardida. Lo que siguió fue el blindaje de la nueva sede administrativa y su bautizo como el búnker. Las directivas asumían el papel de un pequeño y protegido “palacio presidencial”. En 1998 cayó el muro de la fortaleza y sonó de regreso la idea de la universidad abierta. El rector de entonces Jaime Restrepo Cuartas fue el revolucionario del momento: “La idea es volver a la Universidad sin mallas, abierta a todos, como era antes, integrada a la cotidianidad de la ciudad”.

Hace diez años el campus sufrió el más fuerte blindaje de su historia. El gobernador Luis Alfredo Ramos impulsó los torniquetes de entrada y la tarjeta TIP para el ingreso de los miembros de la comunidad universitaria. El Esmad entró al campus en varias ocasiones y los penachos de papas bomba y gases lacrimógenos ya eran de mallas para adentro.

Los líos se veían venir desde que, dos años antes, el rector Alberto Uribe habló de una conexión entre protestas, consumo y venta de estupefacientes y robos. La expresión “orden público” estaba de regreso en los comunicados institucionales. La revista *Semana* de junio de 2010 describía el nuevo filtro en la Universidad: “Es más fácil entrar a una guarnición militar que a la Universidad de Antioquia. Quienes no tienen la exclusiva tarjeta TIP, que acredita a quienes trabajan y estudian allí, deben tener un contacto adentro que autorice, bajo su responsabilidad, el acceso del visitante. No basta con decir que la intención es hacer una consulta en la biblioteca o asistir a una exposición en el museo”.

Hoy el Esmad y la idea de la universidad abierta han vuelto. Acciones y propuestas al parecer extremas y enfrentadas. Y son obligatorias las preguntas. La Universidad está cerca de un exitoso proyecto de espacio público diverso en Carabobo Norte. Pero al mismo tiempo tiene fronteras con líos varios, muy cerca de uno de los lugares del Centro con más homicidios, Estación Villa. Con la posibilidad de ser el “centro noche” para los habitantes de calle en el norte. Con la necesidad de la informalidad laboral por todos los flancos. Es necesario mirar los riesgos más allá de los grafitis sobre derribar muros y las muy parecidas frases oficiales sobre tumbar cercas y estar más cerca. El trabajo tan difícil como dedicado de Museo de Antioquia en una zona dura, puede dar cuenta de la tenacidad de los esfuerzos y los problemas. La Plaza Botero es un referente turístico adornado y aromatizado por ollas y plazas más duras. Riesgos y retos que hay que medir.

Desde adentro se mira con recelo a la ciudad y al vecindario. Viven de cerca las calenturas actuales protegidos por un filtro tranquilo, por el que ingresan en promedio entre mil y mil quinientos visitantes por día. No sería lógico que se tomaran decisiones sin oír con mucha atención a los habitantes



Vista aérea de Ciudad Universitaria. Gabriel Carvajal Pérez, 1971. Archivo BPP.

habituales, profesores, administrativos, estudiantes. Dado que la propuesta surgió luego del comunicado, protocolo según Daniel Quintero, para el ingreso de la fuerza pública, vale la pena preguntar si quitar cualquier protección le restaría poder y protagonismo a la protesta violenta.

Pero la desconfianza también está dada por una nueva relación con la policía en un campus abierto. ¿Un CAI en el “aeropuerto”? ¿Agentes rondando en bicicleta? ¿Una patrulla parqueada entre los bloques? ¿Requisas con perros antinarcóticos?

Se han señalado algunos ejemplos locales para respaldar la idea. Lo que pasó con las UVAS hace unos años. Pero abrir un tanque de agua no es lo mismo que dar acceso y protección a una comunidad de 35 000 personas en un espacio como la U. de A. Tal vez las experiencias de Carlos E. Restrepo y Suramericana, con una fuente de Arenas Betancur y la sede de una de las instituciones económicas de la ciudad, sean más pertinentes. En la Universidad argumentan ser un espacio que requiere condiciones especiales, una incubadora con reglas y temperatura propias, aptas para un grado de concentración y de tranquilidad, que no obligue a estar pilas en la biblioteca y mosca en el salón por si caen los gatos. Un ejemplo, en algunos casos los profesores son responsables del inventario en sus oficinas. Les roban y les cobran.

Tal vez se puedan encontrar soluciones medias. Y la universidad sea menos vulnerable precisamente por ser más abierta al entorno. Pensar en un cierre distinto, más amable, si la palabra es posible, y más poroso. Hasta ahora no hay un proyecto, ha sido solo un arrebato político en un momento difícil para el alcalde. Por lo pronto vale la pena oír las palabras de Carlos Castro Saavedra en 1968: “Personalmente deposito mi fe en esta ciudad universitaria y sueño con que llegue a ser grande en todos los sentidos, libre, democrática, ajena al fanatismo, al personalismo y a la política menor...”.

La prensa de ajos

por PEDRO CARLOS LEMUS • Ilustración de Elizabeth Builes



Un diente de ajo, cualquiera que sea, deja de ser uno en la prensa de ajos: se hace múltiple y se hace mejor. ¿Cómo mejor?: se esparce, da su olor y su sabor; se estrecha contra el acero y sale a través del vacío para unirse a algo mayor que él. Tengo una prensa de ajos nueva. No la necesitaba, pues nadie necesita una prensa de ajos, pero nunca antes había tenido una y ahora la tengo, así que cocino solo y con ajo. (El ajo reduce la presión sanguínea y disminuye el riesgo de enfermedades cardíacas). Entonces, decía, el ajo se deja triturar y sale a través del vacío para darse a algo mayor que él: el plato, una nueva unidad. Luego, va del plato al cuerpo, unidad mayor, si cabe hablar de jerarquías entre todo lo que es uno. Enseña que, hecho pedazos, se engrandece (y hablo del ajo, no del corazón. El corazón no cabe en la prensa de ajos).

Tiene un tamiz mi prensa de ajos, por donde, presionados por una palanca, salen a chorros los pedazos de ajo. Puede decirse que tiene dos partes: los mangos, por los que se sostiene la prensa, que son de caucho para no maltratar la mano que presiona, y el acero brillante —espejo impedido— implacable para la trituración. Una parte cuidadosa, donde se ejerce la fuerza, y una brusca, que es pura reacción. Y entonces tritura, pero no es una trituración que arruina, sino que multiplica. (Un corazón tiene cuatro partes, también llamadas cámaras: una aurícula derecha y una

izquierda, y dos ventrículos, también uno a cada lado. El corazón entero tiene la forma de un puño, y es simultáneamente la mano que ejerce la fuerza —el latido— y el acero implacable —la pura reacción—. Se excita y golpea; acelera y se rompe. Un corazón contiene ambas partes de la prensa de ajos, pero un corazón no es de caucho ni es de acero).

Se llama prensa de ajos —y hay que ser precisos en esto si se va a buscar a un supermercado, pues también existe el mortero—, aunque podría pensarse lo que fuera. Por el tamaño: una uva, una lenteja, un arándano. Pero también cualquier otra cosa, fruta o vegetal; ya no importa el tamaño, pues todo es susceptible de hacerse pedazos y encajar en la prensa. (El corazón también se hace pedazos, pero ¿cómo sacarlo del pecho y meterlo en el tamiz?). Ya ven que incluso el ajo, para el que ha sido inventado la prensa, no cabe entero —es decir, una cabeza de ajo— y se introduce en dientes —que son al ajo como los cascos a la naranja—. ¿Cómo es saber, desde el nombre, para qué has sido inventado? ¿Cómo, aunque puedas contener mucho más —aunque puedas contenerlo todo—, eres solo una cosa? Es, imagino, un alivio y una carga. Como todos los nombres, como cada destino. (Mi corazón guardaba un nombre, pero ese nombre no era su destino).

Quien ha triturado antes un ajo sabe que de ninguna manera el ajo se entrega del todo. Queda dentro de la prensa, en el tamiz, la cáscara que lo encerraba, una

fina coraza que no impide la trituración y que es residuo aunque se mantenga entera. (La coraza del corazón es el pecho, y, en el pecho, las costillas. Tampoco el pecho ni las costillas pueden preservar un corazón). Liberado, el diente de ajo se lanza a la amplia unidad de la preparación, pero también parte de él permanece en la prensa de ajos, recién utilizada y untada, en forma de minucias que no quedan en la parte superior ni en la inferior del tamiz, sino en la mínima, casi inexistente, parte lateral del orificio. Por más que se lave, y no hay que haber lavado mucho para entender esto, ese untado de ajo quedará residente en la prensa. (Pienso en el tamiz untado de corazón: ¿llamaría a las moscas, como los residuos de comida, o a los buitres, como la carne en descomposición? Si yo fuera mi corazón, no llamaría a nadie, pues no guardaría ningún nombre: preferiría permanecer en una prensa de ajos; y entre moscas y buitres, me daría igual).

No sé si con el paso del tiempo —con la sucesión de ajos— crezcan aquellos residuos, o si siempre permanecerá untada la misma cantidad de ajo, el untado primero de este primer triturado, mientras que los siguientes, impulsados por el agua, como llegan, se van. Sé, sí, que el ajo primigenio perdura cuanto tiempo se use la misma prensa de ajos. Y habrá noches en las que el rancio olor incomode, pero el ajo ahuyenta a los vampiros, y a veces uno prefiere proteger la sangre, conservar entero el corazón. ☺

DIRECCIÓN GENERAL Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDICIÓN

— Pascual Gaviria

ASISTENCIA EDITORIAL

— David Eufrasio Guzmán

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora Meléndez

— Andrés Delgado

— María Isabel Naranjo

— Andrea Aldana

— Juan Fernando Ramírez

— Simón Murillo

ASISTENCIA EJECUTIVA

— Sandra Barrientos

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

CORRECCIÓN DE TEXTOS

— Gloria Estrada

DISTRIBUCIÓN

— Angélica, Gustavo y Didier

Es una publicación mensual de la Corporación Universo Centro

Número 113 - Febrero/Marzo 2020

16.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM





OJOS ABIERTOS

por LINA MERUANE • Fotografías de Elisa Torres

... que se sepa que en Chile nos estarán robando los ojos mas no la VOZ

I Afuera preguntan qué está pasando en Chile y ha habido tantas respuestas sucesivas. Treinta pesos y treinta años de descontento y 47 años seguidos de dicta-dura y dicta-blanda y de una democracia fundada en principios dictatoriales. Afuera preguntan y la respuesta va cambiando porque no se trata solo del pasado materializado en las protestas del presente sino de la impaciencia por los años de descontento y desconfianza por delante de nosotros si las demandas de la calle no se resuelven. Si las manifestaciones no acaban por derrocar las bases del sistema abusivo que la dictadura nos implantó.

ii. Afuera cuesta vislumbrar lo que la gente ha esperado, lo que ha aguantado, los sistemáticos atropellos; cuesta ver que la gente cumplió en silencio, que se levantó temprano para llegar a tiempo al trabajo, que trabajó duro, que sumó horas extra, que pagó sus impuestos mientras veía que otros que ganaban más evadían los suyos; cuesta ver que la gente se endeudó para educar a sus hijos, que los endeudados siguen pagando a plazos imposibles, que los chilenos-de-adentro viven para pagar y que de pronto comprenden que nunca terminarán de hacerlo, que envejecerán en la miseria, que se suicidarán desasistidos en sus casas porque no les alcanza ni para comer. Eso no se percibe afuera, ese no tener ya nada que perder.

iii. Es el sistema lo que debe cambiar: caer con sus presidentes y sus fuerzas de orden y su tropa de empresarios evasores. El sistema debe caer con su

privilegio. Pero afuera cuesta entenderlo porque es allá donde nuestros presidentes han vendido unas cifras de éxitos extraordinarios sin revelar las cifras de nuestra extraordinaria desigualdad.

iv. Mentir por omisión, nos decían en casa, es igualmente mentir; si nos pillaban mintiendo nos castigaban.

v. Mentir es otra manera de censurar la información, de cegarla.

vi. En mis años escolares, que fueron los años de la dictadura, se acusaba a *El Mercurio* de mentir y era cierto que ese diario mentía. *El Mercurio* ocultaba información o la distorsionaba. *El Mercurio* fabricaba hechos convenientes para la propaganda del gobierno golpista. Vemos ahora con toda claridad, porque hay más medios, más voces, porque hay cámaras por todas partes, lo que hoy ocultan ese y otros medios comandados por empresarios comprometidos con un sistema que les asegura sus privilegios. Sobre los muros la gente ha hecho crecer la nariz azul de Mercurio, el mitológico mensajero de los dioses.

vii. Quiero responder a quienes me preguntan por Chile pero ese primer día es confuso y sé que hay manipulación en la cobertura de prensa. Esos sospechosos incendios simultáneos, esos saqueos de supuestos delincuentes bajo las órdenes de la izquierda chilena, cubana o venezolana. La televisión suprime las imágenes de la violencia ejercida por tropas armadas, escudadas tras paneles, sus cuerpos en chalecos antibalas, sus rostros protegidos por cascos, tropas militares y policiales entrenadas para aplacar a miles de ciudadanos que aparecen en las calles por su propia voluntad para reclamar lo que les han robado.

Sé, porque fui periodista, porque trabajé en esos medios productores de mentira, que hay una sobreproducción de noticias falsas difíciles de contrarrestar con las verdaderas. Porque la situación es compleja recorro a medios alternativos y a la prensa extranjera para complementar, y voy siguiendo a personas conocidas y desconocidas en sus recorridos, intentando, con ellos, descifrar qué es lo que ocurre en nuestras calles.

viii. La miopía que me impone la distancia no se condice con la celeridad de las noticias.

ix. No se condice con la ira y la incertidumbre, el asombro, la admiración, la angustia que me produce leer los carteles desplegados por las avenidas. Los rayados con sus quejas y peticiones: el sistema de pensiones y la salud, la educación, la constitución, la violencia desatada. *ES TANTA LA WEA QUE NO SE QUÉ PONER*, confiesa alguien en su pancarta. Es tanto, tan repentino, tan veloz lo que sucede, que me quedo sin palabras.

x. No responder sino aullar: ¡Sacaron a los militares a la calle! ¡Nos están disparando!, digo como si yo misma estuviera ahí, entre la gente, apenas dos días después. ¡Nos declararon la guerra!, exclamo y escribo, ¡la guerra *conchasmare!* Como si no hubiéramos estado viviendo una larga guerra encubierta. Una guerra de baja intensidad (que para los mapuche ha sido, por siglos, de tan alto voltaje). El presidente ha pronunciado la guerra con todas sus letras, la ha hecho manifiesta.

xi. “Estamos en guerra contra un enemigo poderoso, implacable, que no respeta a nada ni a nadie, que está dispuesto a usar la violencia”. Los militares

se enfrentan a un pueblo armado con piedras, los más exaltados, pero sobre todo con los históricos utensilios de la protesta: cacerolas y cucharas de palo, tal vez un tenedor.

xii. Esa declaración ha consistido en echarle leña al fuego del descontento que arde hace semanas por todo el país. Un descontento que nadie veía mientras se cocinaba por años en esas mismas ollas.

xiii. Explicar en tantas palabras lo que un cartel tirado en la calle resume en una línea ingeniosa: *EL HUEVO SE VEÍA BONITO POR FUERA PERO POR DENTRO ESTABA PODRIDO*.

xiv. Esto nadie me lo pregunta pero esa frase me remite a los huevos que tirábamos en el colegio en los supuestos finales de la dictadura. Cuando nos prometieron que la alegría ya venía. Cuando parecía que las cosas iban a cambiar. Cuando no sabíamos qué esperar, porque en ese colegio privado nadie tenía de qué preocuparse. Solo el rector se preocupaba por la imagen de su prestigiosa institución: nos correteaba exigiendo que regresáramos a las aulas porque si no nos iba a castigar. ¿Castigar? Cientos de huevos frescos reventando sobre el pavimento.

xv. Qué podían importarnos sus amenazas. No era a nosotros a quienes el sistema iba a reventar.

xvi. En estos días convulsos he dicho afuera que a los chilenos nos están reventando los ojos con balines disparados a la cara en vez de a las piernas, donde no provocarían un daño tan feroz, tan irreversible. Es a la cara donde apuntan sus armas. Dos centenares de ojos rotos que no volverán a ver. Dos centenares de jóvenes tuertos y uno que

en plena movilización fue baleado a corta distancia en ambos ojos.

xvii. “Regalé mis ojos para que la gente despierte” es lo que dijo ese joven cegado por la policía. “Por favor sigan luchando”. Eso nos mandó a decir desde la clínica.

xviii. De cuando exigir justicia cuesta un ojo de la cara. De cuando manifestarse pacíficamente cuesta dos. Alguien debe pagar por todos esos ojos.

xix. Acostumbrado a deslumbrar, ahora el país rompe el récord mundial de daños oculares en enfrentamientos. Al presidente y a la prensa solo parecen importarles las pérdidas materiales y las cancelaciones de reuniones internacionales donde planeaba seducir al mundo con un oasis que creía suyo.

xx. *DEVUÉLVENOS LOS OJOS*, le exige al presidente un cartel de ojos ensangrentados. Hay tantas cosas que nos han robado.

xxi. ¿No se había retractado el presidente de su guerra declarada? ¿No había quitado a los milicos de las calles? Yo titubeo afuera donde me preguntan, yo asiento apenas y aclaro que quitó a los soldados pero delegó la violencia en los *pacos*. Digo los *pacos* o los policías o los carabineros que son una institución sin líderes respetables, una institución decadente y corrupta, atravesada por la deshonra y la cocaína. Una institución que reúne el repudio ciudadano.

xxii. Entre las miles de frases que se escriben y se vocean por las calles, *pacos qñiaos* debe ser la más repetida. Porque si los primeros lemas denunciaban los treinta pesos y los treinta años de lenta violencia económica, ahora los carteles denuncian los veintitantos muertos, los dos mil y tantos heridos en hospitales, los más de doscientos casos de graves lesiones oculares.

xxiii. El respeto de la calle es para un *quiltro* emblemático: desde hace mucho circulan las pintadas que conmemoran a ese perro negro de pañuelo al cuello que en las protestas estudiantiles de la pasada década atacaba a los miembros de la policía. Ya muerto de viejo, sigue vivo en carteles y murales el llamado *Matapacos* que nunca mató a nadie.

xxiv. ¿Cómo podría ser esto una guerra cuando los heridos son solo los civiles?

xxv. Sí, sí, digo con creciente impaciencia afuera. El gobierno se vio forzado a llamar a

los milicos de vuelta a sus cuarteles pero entregó su guerra sin cuartel a la policía que opera alentada por una prometida impunidad.

xxvi. Circula un audio en el que el director de Carabineros promete a los suyos “todo el apoyo y todo el respaldo” y agrega que aunque se le obligue “no dará a nadie de baja por procedimiento policial. Todo el respaldo”, repite como si no hubiera dicho lo mismo dos veces antes, “dentro del ámbito legal”. Se escuchan aplausos, se escuchan vítores. La institución confirma la veracidad de esa declaración, insistiendo en el marco legal por el cual se rige.

xxvii. ¿Es apropiado dentro de un marco legal atacar cuando no es en defensa propia? ¿Disparar balines a los ojos? ¿Disparar armas de fuego al cuerpo ciudadano? ¿Torturar? ¿Violar en comisaría? ¿Meter una *luma* por una vagina? ¿Toquetear y desnudar mujeres? ¿Detener y agredir a menores de edad? ¿Es ese encarnizamiento lo que el director de Carabineros llama respetar el procedimiento policial?

xxviii. Todas esas preguntas son retóricas. Mientras tanto, el gobierno intenta en vano que la gente deje de protestar a golpe de perdigones.

xxix. El presidente declara por esos mismos días que mandará leyes al Congreso para fortalecer a las fuerzas policiales, a los fiscales, a los equipos ministeriales para que interpongan sus propias querrelas criminales contra la calle. Anuncia un aumento de las sanciones contra quienes arman barricadas, contra los encapuchados, contra quienes “propician el desorden público”. Leyes que aumentan la seguridad ciudadana. Leyes que el Congreso se negó a aprobar en el pasado. Esto me obliga a explicar afuera que no se trata de asegurar los bienes públicos de todos los ciudadanos sino de violar los derechos humanos de los mismos, y que las formulaciones de estas leyes de seguridad, las vigentes y las por venir, dejan lugar a aún mayor desproporción en la violencia usada contra una ciudadanía en su legítimo derecho a manifestarse.

xxx. Ahora se descubre que los balines no son de goma, como se nos decía. No rebotan sino penetran. Un estudio exigido por médicos que extrajeron esos balines de tantos ojos rotos revela que solo un veinte por ciento es caucho mientras el restante ochenta por ciento es

un compuesto de metales duros y tóxicos. Sulfato de bario. Plomo.

xxxi. Más parecido a una piedra, señala el estudio de una respetada universidad chilena. Más a una piedra que a un huevo duro.

xxxii. Algo huele a podrido en Dinamarca, sugiere un personaje secundario en la tragedia shakespeariana. “Es olor a lacrimógena nomás”, responde la calle que corre entre tanquetas con los ojos cegados de gas y la cara cubierta con un trapo.

xxxiii. Algo olía mal desde hacía tanto tiempo que acabamos por acostumbrarnos. Pero la podredumbre era tanta. Provenía del palacio presidencial donde un gobierno dizque democrático se negaba a representar los intereses de su ciudadanía, a escuchar sus quejas, a negociar con ella sus demandas. “Es hedor a privilegio nomás”, murmura la calle alzando su *spray* y sus pancartas.

xxxiv. Ya los griegos lo habían advertido: hasta el mejor intencionado de los reyes deja de percibir lo que está pasando a su alrededor y encandilado por su poder asesina a su padre y comete incesto con su madre; cuando por fin vislumbra lo que ha hecho se quita los ojos para hacer literal su trágica ceguera. Pero esta no es una tragedia griega con reyes consecuentes. La ceguera de este presidente es de otra clase. Es una ceguera de clase alta. Una ceguera elegida para no tener que renunciar a sus prerrogativas. Una ceguera apenas metafórica: ni el presidente ni sus ministros ni sus partidarios se quitarán los ojos. Esta tragedia de avaricia no es griega sino chilena y va avivada por un coro ciudadano que exige que el presidente renuncie y pague por sus crímenes.

xxxv. Renunciar para el presidente sería como sacarse los ojos.

xxxvi. Así se escribe esta trágica historia: en un país de políticos ciegos solo el ciudadano tuerto puede gobernar.

xxxvii. Ya no queda muro sin escribir por las calles de nuestro Chile: esos muros que fueron la página en blanco de nuestra silenciosa obediencia son ahora el medio más inmediato de la comunicación callejera. Los anónimos autores colectivos escriben de manera incesante y exigen que nadie borre los mensajes que le envían al mundo.



españoles en las plazas. En estos días hemos conmemorado a los ciudadanos que sufrieron disparos de frente.

xliv. Y los muros del mundo señalan este oprobio: en una misma noche de viernes, en la Serena y en Shanghái, en Berlín, Buenos Aires, Roma, Guayaquil, Madrid y por supuesto Santiago de Chile, se proyectan frases escritas por artistas y activistas chilenos-de-afuera para hacerle ver a la ciudadanía global lo que está sufriendo de manera impune nuestra gente en nuestras calles. 100 MISSING EYES BUT WE CAN STILL SEE YOU, es la advertencia iluminada sobre el costado del altísimo edificio de la ONU en Nueva York, ese edificio cosmopolita con sus miles de ventanas prendidas como ojos abiertos al mundo.

xliv. Y los chilenos-de-afuera que sumamos un millón de personas organizamos marchas y movilizaciones en centenares de ciudades del mundo donde vivimos, participamos en asambleas y cabildos, realizamos actos solidarios y velaciones a los que asistimos con los ojos parchados. Acá y allá nuestras mejillas se cubren de lágrimas rojas, allá y acá, los ojos se cubren con parches.

xlvi. Se dice que al presidente le tiembla un párpado. Se dice que el presidente sufre de tics nerviosos. Se dice que el presidente está encerrado en su palacio presidencial sin saber qué hacer: los partidos de gobierno le exigen que imponga orden pero las Fuerzas Armadas han declarado que no volverán a salir a la calle.

xlvi. Que nadie se sorprenda, digo, estando afuera, estando lejos, a quien me quiera creer: el gobierno le ha exigido a sus embajadores en el exterior que se reúnan (y de paso *pau-teen*) con los medios extranjeros para que estos consideren el punto de vista del presidente y sus ministros, para proponer otra mirada sobre lo que está sucediendo. Que los medios del mundo desvíen el ojo para privilegiar la postura del gobierno chileno. Y algunos medios los desvían (pero otros no) desvirtuando lo que está sucediendo y no termina de suceder.

xlviii. Se suponía que esto no iba a durar, no podía durar, la gente se iba a cansar y a volver a la normalidad. La calle responde tapando los escasos muros que quedan vacíos: NO VOLVEREMOS A LA NORMALIDAD PORQUE LA NORMALIDAD ERA EL PROBLEMA.

xlix. El tiempo en Chile parece haberse detenido. El tiempo en compás de espera mientras la calle exige una nueva constitución creada por la calle, una que acabe con todos los nudos y amarres y privilegios. La calle lo exige aspirando la bruma lacrimógena como si fueran oxígeno. Y ya no son días, son semanas: no nos vamos hasta que renuncie el presidente, no nos vamos a ir sin una constitución que podamos escribir con nuestras manos. La calle clama, encapuchada, la calle avanza con cascos ciclistas para cuidarse la cabeza, la calle empieza a conseguir lentes antibalísticos para protegerse los ojos. La calle va adquiriendo un aire galáctico.

i. Y un tono alienígena. Los manifestantes descubren que pueden encandilar a los *pacos* con rayos verdes de pequeños láseres comprados en la esquina. Esos rayos atraviesan la noche extraterrestre de la protesta para impedir los disparos a los ojos.

ii. Y si me preguntan afuera yo digo que la esposa del presidente tuvo una extraña iluminación cuando habló de la necesidad de "racionar la comida" y se le trabó la lengua en "racionar", esa palabra de otro mundo para ella. Una rara inteligencia la suya cuando admitió que tendrían "que disminuir sus privilegios y compartir con los demás". Cuento a quien no lo sepa que la más célebre línea de esa filtración telefónica realizada desde su encumbrado barrio planetario fue la curiosa idea de que el levantamiento ciudadano era "como una invasión alienígena".

iii. La calle furibunda flamea banderas chilenas en avenidas humeantes de lacrimógenas y levanta teléfonos celulares entre guanacos y zorrillos para que nada, nada, nada, quede sin registro. Para que todo, todo pueda ser visto en otras pantallas. Las cámaras como armas de mano en esta revuelta. Las cámaras con sus pruebas fehacientes del excesivo accionar de los *pacos*.

iiii. Un muchacho sufrió un ataque al corazón mientras le seguían disparando a él y a los médicos que intentaron salvarlo. Las cámaras grabaron su muerte para la posteridad de los tribunales.

liv. Algo tiene que cambiar, clama una mujer en un video mientras se tapa un ojo con su mano obrera. Otra mujer, tapándose el ojo con otra mano, dice estar viendo pequeños cambios. Yo sé que de todo esto algo bueno se va a lograr, insisten las voces esperanzadas de estas mujeres.

lv. Algo tiene que cambiar, algo bueno tiene que salir de todo esto, digo, afuera, haciéndome eco de esa esperanza popular pero superada por el escepticismo que cunde ante el anuncio de que los congresistas por fin despertaron y acordaron, encerrados en el Congreso y de espaldas a la calle, el cierre de la remendada normativa constitución que impuso la dictadura en 1980. Ese cambio que la calle ha venido exigiendo no solo en estas cuatro semanas sino en las últimas cuatro décadas. El acuerdo y su procedimiento resulta dudoso, está lleno de amarres y de trucos leguleyos que hacen dudar de lo que se lee sobre el papel, de lo que se escucha decir a los abogados constitucionalistas por la radio. A lo que se discute por las redes de chilenos ansiosos e incrédulos dentro y fuera del país. Chilenos y chilenas que discuten hasta altas horas de la noche, con los ojos rojos de sueño y de cansancio sabiendo que no es hora de dormir, que esto recién comienza, que nuestros ojos chilenos, ahora, más que nunca, deben permanecer abiertos. ☺

xxxviii. El cuerpo ciudadano ha sido siempre el blanco de la violencia estatal, pero ahora, más acorde con estos tiempos visuales y especializados la violencia debe ser espectacular. El blanco ya no es el cuerpo sino el ojo ciudadano. El deseo de dejar sus ojos, abiertos, atentos, para siempre despiertos, en blanco.

xxxix. "Los estamos grabando, *pacos qliaos*", allá una voz en uno de los tantos videos que circulan por las redes para que ojos ajenos puedan observar el ensañamiento policial. Esas fuerzas ya no operan de manera invisible ni impune. Las cámaras aportan su e-videncia.

xl. "Paco qliao" es tan difícil de traducir como "paco culiao", pienso mientras trato de explicarlo afuera. "Culiado" con todas sus letras resulta incluso difícil de pronunciar en el habla de la calle chilena.

xli. La imagen más icónica de la represión son esos ojos rotos que aparecen por todas partes haciéndole mala prensa a un presidente-gerente que se ha vanagloriado ante el mundo de su

impeccable imagen-país. De su oasis ahora espejismo. De su espejo ahora roto. Qué mal se ve afuera ese descontento pero qué peor el despliegue de una fuerza policial armada contra una ciudadanía desarmada. Esos ojos hacen ver el exceso de violencia, la desproporción represiva. Esa es una de las noticias que recorre el mundo. Titulares en todos los diarios del mundo. Titulares que hacen doler la vista del presidente.

xlii. Y entonces insisto en que contra lo que dice el gobierno en su agenda desinformativa, no hay comandos extranjeros ni ideologías organizadas, que no es cierto que cientos de ciudadanos se hayan vuelto terroristas. Que no corresponde que se les apliquen leyes de seguridad, esas leyes que el Estado lleva aplicándoles, con todo su rigor y su fuerza, a los mapuche en su Wallmapu.

xliii. Ha pasado exactamente un año desde que al comunero Camilo Catrillanca le dispararon a la cabeza por la espalda; por estos días, allá y acá, estamos conmemorando su asesinato y derribando las estatuas de los conquistadores

*Visita www.universocentro.com y encuentra la galería completa de la fotógrafa chilena Elisa Torres.



Tranquilidad es aprender a ahorrar antes que a gastar.

Ven a Confiar y deposita toda tu confianza, crecerá tanto como tu ahorros.

La diferencia está en confiar

confiar
coop

VIGILADO SUPERINTENDENCIA FINANCIERA DE COLOMBIA

EL FAIRE VOL. 6
Feria de Ilustración, historieta y fotografía

CONVOCATORIA ABIERTA
Para el Mundo entero, hasta el 5 de Abril.

+ Info
www.elfaire.com

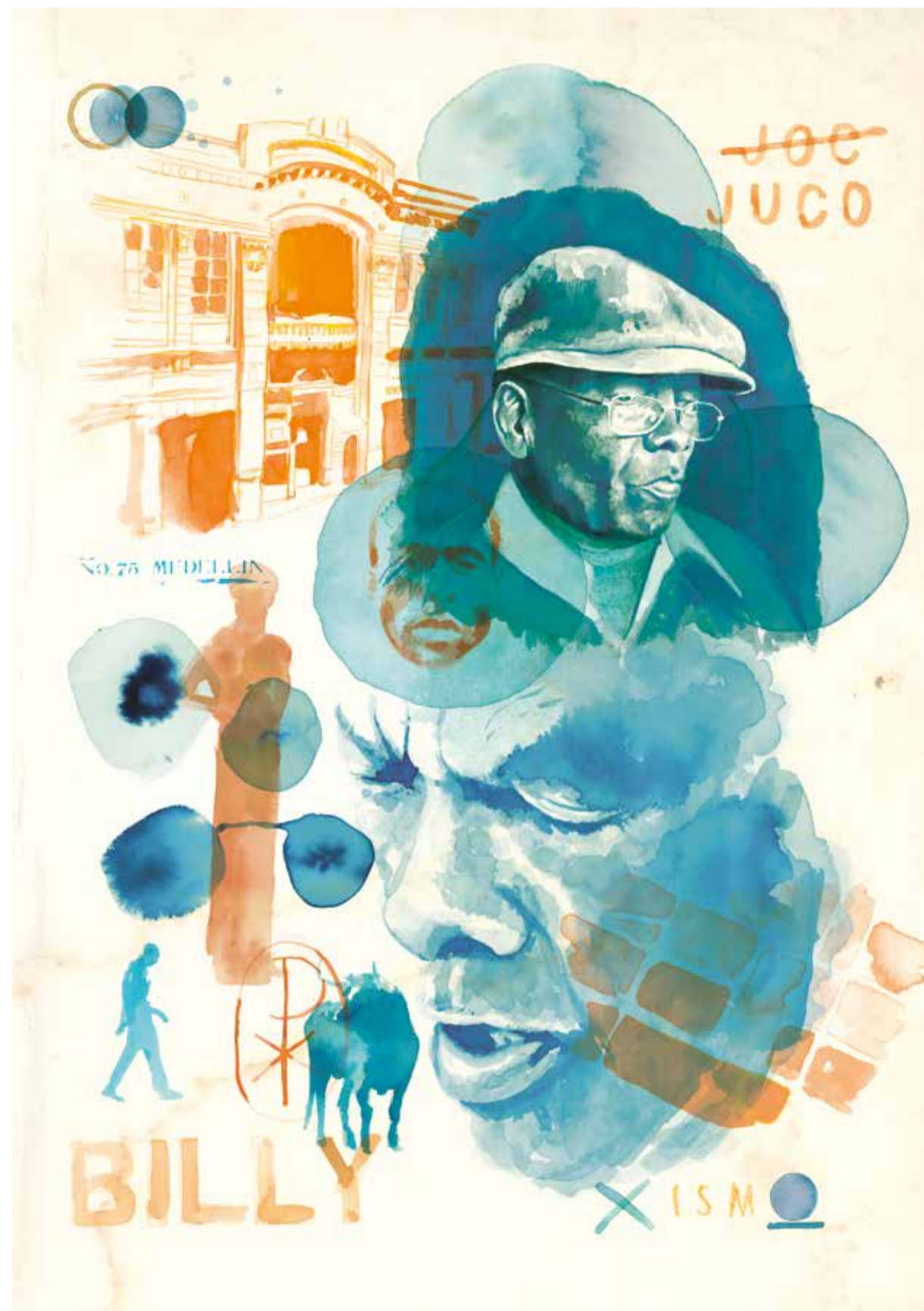
12, 13 y 14 de Junio de 2020, Medellín
Instagram: @elfairemedellin

TEATRO PABLO TOBÓN URIBE

Te esperamos en el Teatro Pablo Tobón Uribe con una variada programación cultural: danza, teatro, música, talleres, exposiciones, ferias y mucho más.

Carrera 40 #51-24 sobre la Avenida La Playa
www.teatropablotobon.com

@teatropablotobon
@teatropabloto
Teatro Pablo Tobón Uribe



ALABAOS PARA EL NEGRO BILLY (1935 - 2019)

por EDUARDO ESCOBAR • Ilustración de Daniel Gómez

Fue en los primeros albores del nadaísmo cuando apareció el Negro Billy en la calle Junín. Una mañana se arrió a nuestra tertulia de poetas en el Miami, que era un bar de mesas tripodes de gruesas tapas redondas, donde una pianola de moneda presidía iluminada como una reina encinta. El Miami estaba situado en la esquina de Caracas frente al Parque de Bolívar. En la acera opuesta quedaba el Calzadillo Pacífico donde compraban zapatos las niñas de los colegios de la pequeña burguesía. Y enseguida estaba la Farmacia Latina de don Luis Hurtado, un hombre de cabeza cana y corbatín, que nos alcahueteaba, muy ufano, la mala afición a los fármacos norteamericanos y alemanes que usábamos para ayudarnos a escapar de la realidad en un adormecimiento miserable. No sobra decir que el pobre de don Luis acabó

en suegro de darioleamos. Lo cual no es un premio para el padre de ninguna muchacha bonita por tolerante que sea y por abierto al mundo que parezca.

El Miami era el lugar donde nos encontramos casi siempre los nadaístas por la mañana mientras acababan de acicalar el Astor. La única cafetería de Medellín donde jamás le negaron un servicio a Billy. No porque los dueños fueran suizos como dijo alguien. Sino porque eran gente decente. Y allí se reunía los sábados, después del colegio, la cocacolería; los hijos de papi peinados a la gomina, calzados con mocasines de plantisuela y medias de rombos, que iban a oír boleros de Lucho Gatica, pasillos de Suramérica de una tristeza pedregosa, guarachas, y *El hijo de nadie*, una habanera conmovedora del Niño de Utrera, mientras consumían Costeñita, una cerveza mini que

venía envasada en una botella verde retoño. O esa ironía de la barística que se llamó el cubalibre, mezcla contradictoria que combinaba el ron de los piratas ingleses con la Coca Cola yanqui y que solía servirse con tres inquietos cubos de hielo empujándose y cantando, y una rodaja de limón tahití, y cuyo uso prescribía el acompañamiento de un plato de crujientes papas fritas, como doradas por un santo, y rociadas con mucha sal para mantener el nivel de consumo en la clientela. Técnicas de la barística norteamericano-capitaliimperialista. Supongo.

Billy era moreno, delgado, con una sonrisa de niño de lo más ingenua, y ya andaba un poco encorvado, y con un hombro más bajo que el otro. Y traía una brazada de periódicos de la Juventud Obrera Católica para la venta. La astucia del publicista debió decirle que si todos teníamos un libro bajo el brazo también

podríamos tener ganas de leer su pasquín, un peridicucho muy semejante, en el desgüeño general y la diagramación deplorable, al semanario de los comunistas cuando todavía se llamaba *Voz Proletaria*, y que después se quedó en *Voz*, cuando pasó de moda el cuento tártaro del proletariado de Lenin, y los comunistas criollos por fin se dieron cuenta de que los proletarios colombianos estaban muy ocupados trabajando para atender a sus rebuznos dialécticos, y no eran los mismos que padecían las inclemencias de los zares en una nación donde aún había servidumbre. Y dominaba Rasputín. Ninguno de nuestros obispos más torcidos puede compararse con el *staretz*. Claro que no. Porque aquí es como si nos faltara aire para todo.

No esperó que lo invitáramos a sentarse. Arrastró el taburete de una mesa vecina con inmensa naturalidad. Y se nos unió. Y se quedó por años con nosotros. Los suficientes para aprender a quererlo como merecía. Hablaba con una timidez muy semejante a la dulzura como si envolviera en algodones la garganta de madera de macana. La ropa le quedaba como si fuera prestada por un tío muy gordo y muy alto. Y olía a humo de fogón de leña. O mejor dicho, a pobre mundo y lirondo.

Muchos que lo conocieron después, cuando comenzó a volverse famoso en la arquidiócesis por la insistencia del aparecer y por la voz poderosa que saltaba muros, se van a escandalizar, y me van a tachar de inventón y de embustero: pero antes la verdad que Platón. La cosa es que el hombre trató de catequizarnos en principio. Porque quizás pertenecía de corazón a la iglesia romana, o porque eligió la evangelización como el camino más directo para penetrarnos el corazón recién estrenado y ganarse nuestra amistad. El que quiera creer que crea: al Negro le salió el tiro por la culata. Y el director del periódico de la Juventud Obrera Católica debió quedar muy decepcionado del espía que nos envió para atraernos a la ortodoxia vaticana, y para que renunciáramos a los embelecados darwinistas de la evolución del hombre a partir del aporte genético de un mono despistado. ¿Fue Billy un infiltrado?

Sin embargo, el que comenzó una evolución esperada fue el enviado de los obispos, para seguir con la broma paranoide, o con la hipótesis conspirativa. El pensamiento de Billy comenzó a fluir en una dirección que acabaría por revelar al otro, o al mismo que el Negro llegó a ser y que quizás estaba contenido, empollándose en él, cuando se sentó a nuestra mesa matinal en el Miami recién barrido, y con la pianola apagada todavía, de manera que podía escucharse por sobre el ruido de los automóviles el zureo de los palomares recién instalados en los brazos de los árboles mayores del parque, por un lustrabotas que solía vestir traje marinero con galones dorados en las tapas de los bolsillos, pantalones y zapatos blancos y gorra de dril con visera de charol, y cuyo nombre olvidó para siempre la crónica de la ciudad de la eterna balacera.

Medellín era entonces una sociedad de lo más racista y excluyente. Para empezar, tenía un cementerio de los ricos, muy próximo a uno de los barrios de putas más famosos de la aldea preindustrial, y un cementerio para los pobres, llamado de San Lorenzo, donde enterraban, para que descansaran por fin, a los que habían vivido asados a la parrilla, en el acoso perpetuo de las más quemantes urgencias de la vida. De modo que la presencia de un negro en el grupo de los nadaístas levantó un silencio de escándalo en la calle Junín. Me acuerdo que los policías secretos que siempre nos estaban rondando con sus sombreros grises y sus caras de yo no soy, siempre estaban escogiendo entre nosotros al que por el color de la piel era el más sospechoso, ya que teníamos fama de demonios y él era negro como el diablo. A una señal Billy estaba como un sapo abierto de brazos y piernas contra el muro, sometido a una humillante requisita, que por alguna razón obviaba ese lugar privadísimo donde nuestro nuevo amigo cargaba su dosis de marihuana, como después supimos. Y que los lectores pudibundos me perdonen el indirectazo del apunte rabelésiano. Que además explica por qué a los nadaístas nos parecía siempre que la marihuana de Billy era la más amarga del mercado.

El periódico de los obreros católicos desaparición de los antebrazos del Negro ya al segundo o tercer día de tratarnos. O pongámosle una semana. Y casi abruptamente cambió de lecturas. Comenzó a leer, rencorosamente primero, a Frantz Fanon, *Los Condenados de la Tierra*, un libro espantoso escrito con la furia del indignado sobre los crímenes de Francia en Argelia en tiempos de De Gaulle con prólogo de Jean Paul Sartre. Y descansaba de

Fanon con antologías de odas de Pablo Neruda a los mineros o en los versos paréticos del turco Nazim Hikmet. La metamorfosis fue más o menos rápida. Pero de una coherencia admirable. Y previsible. Después de todo la izquierda ortodoxa no es más que una prolongación del más ramplón pensamiento católico, una secta religiosa con sus dogmas, sus santísimas trinitades, sus catecismos, sus himnos y sus mártires. Todos hicimos el cambio. Casi sin darnos cuenta pasamos de una iglesia a la otra como en un hechizo. Billy pasó de la Juventud Obrera Católica, a la ideología de la Juventud Comunista, Juco, sin que tuviera que acabar de arrugarse el vestido incongruente con el magro esqueleto.

Nunca hablaba de sí mismo. Por lo que vinimos a saber su nombre mucho más tarde. Y su biografía, que nos reveló a menudos trancos, nos puso en evidencia algunas de sus cosas más personales cuando ya éramos mucho más que amigos, hermanos en la fraternidad de desamparados que fueron los nadaístas en una ciudad inhóspita, llena de malas inclinaciones y con claras tendencias a la degradación, y donde la poesía era una pérdida de tiempo y el trabajo productivo una pasión, el comercio, la plata, en fin, la plata: "Chismes, catolicismo, y una total inopia en los cerebros...", en el lamento del poeta mayor de la provincia. "Cual si todo se cifrara en menurjes bursátiles o en el mayor volumen de la panza".

Se llamaba William Echeverri. Y se entendió, por lo que a veces dijo cuando estubo locuaz, que era hijo de un albañil de Manrique Oriental. Y que tenía unas hermanas que amaba. Entonces no le gustaba que lo llamaran Negro. Y se defendía diciendo, molesto con la semántica: "Yo no soy negro, carajo. Yo soy café". Y mostraba la media caña del brazo flaquéisimo para corroborarlo. Después se acostumbó. Porque lo de negro no era peyorativo, sino más bien afectuoso. Hay que tener en cuenta que en la Antioquia racista de entonces, a veces se trataba de negro querido incluso a los blancos. Y el Negro Billy acabó por ganarse el cariño de todo el mundo, incluidos los policías secretos. Estos acabaron por dejarlo pasar como uno más por Junín a pesar de la singularidad del pellejo y del aspecto maltrecho.

Un día el Negro Billy nos sorprendió poniéndose de pie en medio de nosotros en una fiesta en la casa de Hugo Escobar, en la calle Argentina con Sucre, contigua a la droguería Campillo. Hugo, muerto en un accidente en su camioneta Wartburg cerca de la Plaza de Toros, era un pichón de abogado de una belleza muy latina, de artista mexicano, se parecía a Jorge Negrete. Y hechizaba a las mujeres con los dientes perfectos y los modales refinados. Me acuerdo que pertenecía al MOEC, una asociación de izquierda obrero estudiantil, que produjo un montón de mártires inútiles cuyos nombres poco a poco se nos van olvidando. Y recuerdo que me sorprendí cuando noté que ostentaba un escapulario de la Virgen del Carmen en el nido de mirlas del pecho tupido de sortijas. Pero para curar mi asombro, Hugo me dio un par de palmadas amistosas en la espalda, y me dijo como con muchas ganas de que lo comprendiera: "Es por si acaso". Y puso en blanco los ojos. Consigno el dato como un ejemplo del carácter de los ateos antioqueños, cuyo ateísmo se atenuaba en los temblores de tierra o cuando debían montarse en un avión disimulando una bendición vergonzante. Tuvimos otro amigo agnóstico, de escapulario: el poeta Mario Rivero.

Hugo era la hospitalidad encarnada. Su apartamento de recovecos, como planificado por un arquitecto con graves problemas para entender el espacio, estaba adornado con litografías antiguas puestas al revés en las paredes, y amoblado con escarparates pasados de moda y sillas rotas, era con mucha frecuencia el escenario de nuestras celebraciones etílicas y herbáceas, y el lugar donde nos quedábamos cuando nuestros padres nos echaban de la casa por poetas o por trasnochadores. Y una noche, Billy, mirándonos en una súplica de silencio, hambriento y con ese saco dos tallas más grande y esa camisa desleída, se paró en medio del desorden de botellas y ceniceros ahitos, hizo mimí, mimí, varias veces, que era su modo de afinar, se pellizó las chatas, y se puso a bramar con un bramido poderoso, increíble en la pequeña caja de resonancia de ese costillar subalimentado, un *spiritual* de Paul Robeson, el gran bajo norteamericano, que cantaba los sufrimientos de un río. Electrificante. En tan deleznable encarnadura bramaban la rabia y la grandeza de espíritu, el pasado y el presente, la esclavitud antigua y la rabia de los más pobres de las laderas orientales de la ciudad,

los hijos de los albañiles negros que olían a fogón de leña. Y el bramar no es despectivo. Tenía una hermosa voz de toro.

Esa noche supimos otra cosa de su vida que nos había guardado: estaba estudiando canto en el Instituto de Bellas Artes y contaba con la ayuda de algunos músicos destacados de la ciudad entre los que se contaba Blas Emilio Atehortúa. De este modo, teníamos a Billy cuando no funcionaba el tocadiscos de la casa de Hugo porque había olvidado pagar la cuenta de la luz, lo que no era infrecuente, aunque era rico y contaba con el apoyo de una madre acomodada que jamás vimos, pero que le mandaba a su proyecto de doctor en leyes unos almuerzos enormes que alcanzaban para todos. Siempre y cuando Billy no llegara primero a la olla.

A medida que fueron pasando los días y a medida que él, quién sabe, progresaba en sus clases de canto, amplió el repertorio: añadió a las cosas de Robeson, que también interpretaba melodías rusas como los Boteros del Volga, alabaos del Chocó, y aunque mi amo me mate a la mina no voy, ese aire famoso de Esteban Cabezas. Y *Angelitos negros*. Y hasta algún lamento de Consuelo Velázquez. Era un músico ecléctico en la práctica. Y atrevido en la teoría. Un tiempo le dio por convencernos de que Beethoven había sido negro, por la vía de un cierto antepasado belga que había vivido en el Congo. Y de África le habría venido el estupendo sentido rítmico al sordo que canceló para siempre la antigua manera valdiana de la armonía y la invención, según nos dijo.

Los nadaístas no acogimos al Negro Billy por misericordia: él se acomodó con nosotros. Y nos sufrió por amor. Hasta la abyección. No sé por qué fue capaz de aguantar los maltratos de darioleamos sin matarlo. Yo nunca supe por qué se rebajaba a veces a siervo del hijo de Juan Lemos. Una vez le oí decir que le gustaban los chicos rubios. Tal vez fue un sadomasoquista. Y se dejaba vapulear por puro placer por ese *dandy* tan raro que escribió las sinfonías para máquina de escribir mientras se desmoronaba por el puro placer de darnos el triste espectáculo de su decaimiento. Me gustaría contar la historia de la noche cuando gonzaloarango llevó al Negro Billy a que le cantara una serenata a doña Magdalena, su mamá. Pero apenas estaba empezando el bambuco julflorezco cuando llegó la policía y se llevó al profeta y a su jilguero.

Yo no creo que el Negro Billy no haya sido el gran artista que debió ser porque el mundo no es justo y el calvinismo paisa perverso. Billy cargaba un demonio que debemos respetar: el demonio del amor de la noche que aqueja a muchos solitarios esenciales. Y el del gusto por el aguardiente que es un enemigo lento pero eficaz. Yo acepto a mis amigos tal como son, con defectos y todo. Y me gusta imaginarlos elegidos, libres hasta donde se pueda, no determinados por completo por arcanos cuánticos o sicosociales. Billy fue el animal que fue.

Yo creo que me quise. Al fin de cuentas me tocó cargar con él y defenderle los derechos muchas veces en aquellos años sesentas de su aparición inesperada en la calle Junín. Yo lo impuse en las cafeterías sofisticadas y los restaurantes del postín del Centro. Cuando no lo atendían, yo lo obligaba a quedarnos sentados hasta que el sol comenzaba a caer y el sistema se cansaba de la iniquidad de negarle un puto café porque no tenía perfil, la cabeza parecía un dulce de moras, llevaba esos vestidos dos veces más grandes que él y era obvio por el aire que no tenía un peso en el bolsillo. No sobra decir que la ciudad cambió después. Y que los negros y los zambos y los saltatrás y demás categorías del racismo acabaron por ser aceptados en todas partes con inmenso cariño cuando se enriquecieron en los avatares del narcotráfico. Pero es otro cuento. Renacentista, si usted quiere. El poder del dinero por la otredad aparente de lo racial.

Cuando se acabó el nadaísmo y los nadaístas de Medellín nos fuimos a vivir a Bogotá o a USA, el Negro se me desapareció. Siempre que volví lo busqué porque me gustaba su compañía y estaba siempre muy bien informado en las cosas de la chismografía parroquial, y me permitía desatarse en las cosas de la pequeña historia de la ciudad. Pero en las transformaciones de la bohemia de Medellín que alteraron la inseguridad y el miedo propio, se me hizo más difícil de encontrar cada vez. Porque la gente de la noche de Medellín dejó de caminarla como hacía antes, cuando uno dejaba la noche de Medellín y podía estar seguro de encontrar al Negro Billy saliendo de alguna sombra. Pero ya no. Ya nunca más. Porque así son las cosas, negro. ©

ARMADO EN MÉXICO

por SILVIO BOLAÑO ROBLEDO

A las costureras de Caldas, que me enseñaron a fumar el peche apañado, o sea hacia adentro.

Mi Pielroja es mexicano, luego ya no es. Lo había soñado un par de meses antes de la emboscada: encontraba una canasta con peches en un supermercado. Los paquetes estaban abiertos y tenían pocos cigarrillos. A un lado decía: Hecho en México. No los compré en mis sueños. No soy de ir a supermercados ni en la vigilia: analizo que en el paisaje onírico el almacén soy yo. Algo de mí ha sido comprado, imitado y ahora importado. Algo de mí ya no es la mitad de lo que fue.

Hubo una época en la que los viajeros eran recibidos en Medellín por un monumental indio pielroja que coronaba la plaza de toros La Macarena. Símbolo del matrimonio productivo entre el antioqueño agricultor y el industrial, la mirada altiva del indio significaba que en esta tierra sucedían cosas. Un indio de *western* americano —porque no es chibcha ni embera pero indio, al fin y al cabo— coronaba la Plaza de Nuestra Señora. El *rompepechos* me ha acompañado desde 1999; ante mi compañero quiebro esta lanza ante la derrota del gusto de lo propio.

En el mercado internacional de cigarrillos sin filtro el Gauloises es aburridor; el Nazionali, seco; el Romeo y Julieta, negro; el Camel, aguapanela; y el Lucky, una Pepsi. Además de ovalado y de arroz dulce, el Pielroja lleva (llevaba) tabacos perfumados de Santander: el buen peche deja los labios dulces y una que otra rama en los dientes. La ausencia de filtro lo hace ecológico. Es usado por quienes saben para la salud de las plantas. En las selvas colombianas es un valioso material de trueque. Su emblema es obra del maestro Rendón, del movimiento de Los Panidas, que eran trece antes de su suicidio. Hay quien afirma que el poeta León de Greiff sintió culpa por sus versos suicidas: "...cambio mi vida, vendo mi vida / de todos modos la llevo perdida..."; lo único cierto es que no dejó de fumar Pielroja tras la partida de su amigo. El aura romántica del indio huérfano está impregnada en el papel de arroz que ahora es mexicano.

Nuestro peche hoy "es como el hacha de Rivadavia, a la que primero le cambiaron el mango y después el filo", como dice Alejandro Dolina. Primero compraron la Compañía Colombiana de Tabaco, luego cerraron producción, acabaron las fábricas, dejaron de comprarles tabaco a nuestros campesinos y empezaron a producir los peches en México. Cuentan que en su momento de gloria el divino Joan Manuel Serrat fue raptado por las musas de este cigarrillo cuyas pacas debían enviarle a la Ciudad Condal. Hoy las estilizadas siglas de la CCdeT que aún coronan el paquete de Pielroja mexicano son una fantasmagoría.

Papel célebre en la bohemia, el hampa y las movidas marihuaneras de Medellín desde que tomara el lugar de los Victoria y los Pierrot por 1924. A los camajanes, ahora neas, a veces les da por fumarse los baretos en el papel del

peche; y esto desde que existen las neas, la marihuana y los cigarrillos sin trofil, qué le vamos a hacer. Barba Jacob y Epifanio Mejía no desarmaban propiamente margaritas, sino los antecesores de los peches. Cuando no hay cueros es eso o conspirarse la Biblia. Mejía Vallejo, como yo, a veces negaba dar un peche para ese fin: "Fumátele en pipa, güevetas, que no disfrutás ni el papel ni...". Daniel Santos, el Patrón, se perdía en los templos de las calles empinadas al amparo de hinchas del DIM, el humo del peche y la dama de los cabellos ardientes. Hasta el presidente Belisario Betancur hizo pública su afición por el indio, y era más goda que Fernando VII. Recuerdo que también los fumaron Gonzalo Arango y Raúl Gómez Jattin, así como para ahondar en el humo del clisé (y dejó una idea de tesis ahí de gratis: De la presencia del Pielroja en el arte del siglo XX, concepto y objeto).

Durante los años que estuve por fuera de Colombia la gente que me quería no dejó morir mi relación con el pielroja. Era un ritual. Quien iba a visitarme llevaba consigo una ofrenda de peches y de guaros. Cierro los ojos y veo a mis amigos y familiares hacer esfuerzos por complacer mi vicio, por complacer los sabores que más falta me hacían, y veo de qué manera el peche ha sido una excusa para establecer vínculos, fortalecer promesas, para el arte de la amistad. Primero las pacas venían con un fino papel que usaba para escribir poemas y cartas de amor: *este peche fue testigo*. He dejado versos en Pielrojas en todas las ciudades a las que he ido. Cuando los jinetes del neoliberalismo llegaron y la Philip Morris compró al indio se les hizo caro seguir pagando ese hermoso papel y las pacas comenzaron a ser envueltas en plástico. Antes progreso hoy retroceso, pero el pueblo siempre quiere arte.

Una vez, en una tabaquería del aeropuerto de Frankfurt, al regresar de un congreso de traducción de poesía, encontré que vendían Pielroja para liar, para armar, como se fuma el tabaco de manera compulsiva en el resto del mundo. Recuerdo que me animé por un futuro más comercial de mi compañero, y adquirí el producto. No es tan bueno ni tan malo como el Pueblo, la marca más popular entre *perroflautas* y *punkabestias*. Pero nunca será un peche. Hace unas décadas un imponente indio pielroja saludaba a los viajeros desde La Macarena antes de aterrizar en el campo de aviación, hoy aeropuerto Olaya Herrera. Ya solo es una marca que se produce en México y se lía en Bruselas. El último Pielroja colombiano lo fumé el 12 de enero de 2020 y ahora firmo esta memoria con un fantasma en los labios, con miedo a que también nosotros seamos comprados para volvernos a hacer. ☹



Producción de cigarrillos Pielroja en la Compañía Colombiana de Tabaco. Gabriel Carvajal Pérez, 1957. Archivo BPP.

El pulso del cambalache

Esta es la hora de todos. Aparecen en la misma cuadra siempre, en la carrera Bolívar, debajo del metro. Pueden ser las cuatro y cinco, las cuatro y siete o las cuatro en punto, depende de la marca de reloj que ellos empuñen. Alguno agita dos de cuarzo mientras camina, pero en la otra mano tiene puestos otros tres de cuerda. De pronto aparece uno con camisa de *satín* en la que cuelga un larguísimo collar hecho de por lo menos treinta relojes, todos de segunda mano y en distinta hora, algunos más lustrosos, y otro de plástico mugriento, pero con el segundero todavía muy orondo. Esta es la hora de todos. Ofrecen sus joyas al transeúnte que acaso no tiene tiempo de ver relojes, o al coleccionista que busca rarezas suizas, japonesas o alemanas. Y, como los discos de vinilo que hicieron por décadas, ahora vuelven a rondar los viejos relojes de cuerda con su tictac de tiempos idos.

Este curioso comercio mueve a cientos de gentes, entre cambalacheros, anticuarios y otros gremios más fugitivos e innombrables, una especie de logia de Cronos que sabe, por ejemplo, que la casa suiza llamada Royce ya no hace relojes y sus piezas se cotizan a buen precio, como rarezas. O que el reloj Cornavin, hecho en Rusia, en tiempos de Stalin, mediante una franquicia europea, era inexacto y poco confiable solo porque los rusos saben hacer máquinas fuertes como tanques, pero nunca mecanismos sutiles y diminutos, justos para medir uno y otro segundo, como un yugo portátil que otros llaman calabozo de aire o bobo, según el diccionario llunfardo que iluminó los bajos fondos del viejo Medellín.

Uno se sumerge entre el gentío de mercachifles para contemplar las penurias ajenas con placer impune. De pronto descubre que muchos de los que venden relojes son hombres ya entrados en años, pensionados acaso que apuran su ocio en estas ventas nimias. Y cuando empieza a marearse de ver chécheres y alhajas pasadas de moda, ve irrumpir a un muchacho de gorra que se acerca donde un cambalachero y le pide prestado su reloj para hacer una prueba, bajo la promesa de "si se lo daño, se lo pago." Alcanzo a ver que es un reloj de correa naranja, de números grandes, que luce juvenil pese a su marca, Fossil, de metal pavonado. En segundos, el hombre se tira al piso con él y rastrella el cristal de la joya contra el suelo de la calle. La multitud observa en vilo, escucha el crujido de la mica: ¡en ella no aparece ni un rayón! Acto seguido este repentista se incorpora, saca un frasquito del bolsillo y pone dos gotas en el metal de la caja. ¡Es ácido!, dice alguno, aterrado de la audacia de este mago de calle. El corrillo se acerca para ver si el líquido horada el acero. Y tal parece que el cacharro supera el desafío. El espontáneo limpia el líquido corrosivo con un trapo. Nada ha trastornado la superficie de la máquina. A ojos vistas es un reloj genuino.

—Le doy doscientos por él —dice este Houdini del Parque Berrío.

—Este no lo estoy vendiendo —dice el viejo, como si de pronto se intimidara por la atención de tanto público y evitara entrar en regateos. El del frasquito ni siquiera insiste, da media vuelta y se hunde de nuevo entre la multitud del cambalache, en busca de otro lance de fortuna.

Algunos de estos relojeros caminan lentos, como los relojes que atrasan para ahorrar tiempo; otros se quedan quietos o pendulean sus manillas de metal para antojar incautos. Ninguna mujer se acerca a curiosear pues parece que a ellas no les seducen los relojes de segunda. También he pensado que hay dos clases de personas: a los que les gustan los relojes de pulso y a los que no les gustan. Roberto Arlt, hijo de Cronos, como buen cronista, en su viaje al Brasil escribió: "Lo antiguo, entre gente antigua, está en su lugar; entre gente moderna, es una ridiculez. No me hablen de antigüedades". Y decía que en el Buenos Aires cosmopolita no cabían las reliquias del pasado. Otro argentino, Ricardo Piglia, meditaba en sus diarios: "Mientras más se piense en el pasado más lentas se harán las horas y más raudo el paso de los años".

Acá, en cambio, la gente podría saludar como el anticuario Bunny: ¿Qué hay de nuevo, viejo? Un señor se me acerca con dos preseas, un Pierpont, con visos cobrizos, y un Mulco, dorado, de cuerda. Canta su oferta, pero cuando regateo por el primero me abre los ojos: ¡Si es un Pierpont!, vuelve a decir, como si fuera obvio que es una antigualla de las más codiciadas.

Por lo pronto avanzo en mi baño de multitud, hasta una de las columnas del metro y encuentro a un relojero ambulante, armado de un palillo de dientes y una bomba minúscula de echar aire; son sus únicos adminículos para prestar los primeros auxilios a relojes decrepitos, mohosos, alcanzados de aire, a los que señalar el paso de un segundo le pesa un siglo. Pero un toque al muelle real de la cuerda o un soplo en el engranaje lo reanima a andar otro poco. Y como no coinciden en su manera de medir los minutos, hay que

Este texto es el primero de una alianza naciente entre *Universo Centro* y *Revista Bacánika*.

El tiempo de segunda

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Fotografías de Juan Fernando Ospina



acordarse de Andy Warhol cuando le preguntaron por qué sus relojes no tenían la hora, y él respondió: "No porto un Tank para saber qué hora es, de hecho nunca le doy cuerda. Llevo un Tank porque es el reloj que se debe usar". Acaso él mismo sabía que los quince minutos de fama duran según la marca con que se mida. Y tal vez por eso tenía más de trescientos relojes, desde Movado clásico a Rolex de oro rosa y Tank, de Cartier. El tiempo puede ser oro, si se lleva una pulsera de alta gama, pero puede ser apenas un pavonado de cromo o un baño de níquel o un jaspeado de estaño. El tiempo es cobre. El tiempo es pátina...

Un bar de relojes

Hay un bar en la calle Calibío, frente al costado sur del Palacio de la Cultura, donde sientan sus reales, desde hace más de veinte años, una cofradía de relojeros. Estos, más que reparar piezas, se dedican a hacer tiempo mientras llegan compradores. A eso de las diez van tomando asiento, traen morrales escolares llenos de guaches, que es como les dicen a los relojes de pulso, puden un tinto o una aromática; rara vez toman licor, como si temieran perder el pulso de sus

negocios. Y aunque su consumo es ínfimo, los dueños del local han aprendido a tolerarlos pese a que ocupan hasta dos mesas, que sirven para darle cuerda al sitio. Cuando alguno de ellos levanta la mano para solicitar la presencia del mesero, este tarda demasiado, tal vez porque los de la logia no se perciben como clientes. Se han vuelto invisibles, o son ya parte de un ambiente temático en el que solo se habla de relojes.

Cuando entres en esa penumbra, con el fondo de esa música despechada, puede escuches el estríbillo de "reloj no marques las horas" o el de "el tictac del reloj pasa como los años", de Tito Rodríguez. Si no estás en vena de oír, tal vez veas entonces, en el centro de la mesa, ese montón de relojes de pulso, de todas las marcas, tamaños y procedencias. Ahora veo un Rado extraplano y otros relojes enormes, como un Invicta, tres tornillos, que pesa novecientos gramos. ¿Quién puede llevar en la muñeca casi un kilo de reloj? La gente que le gusta lucir, me contesta Guillermo, el dueño de este lote, un hombre de palabras precisas, que habla duro y golpeado, aunque no esté bravo. Es su manera de entablar ventas y cambalaches, un tono desafiante en el que se escuchan frases como: "Vale cien y vamos, si quiere, a una joyería para que vea cuánto

más le cobran”, “Esto es original, yo no vendo sino cosa buena”. Y cuando algunos de sus cofrades cogen una de sus piezas y la acarician demasiado sin lanzar ninguna oferta, se las quita de las manos y les espeta: “¡Mucho manoseo y ninguno compra!”. Con ellos tiene la confianza de jugar al bravucón. “A veces le acepto su precio porque me da miedo de él”, dijo Alejandro, uno de sus amigos, refiriéndose a su voz bronca y desparpajada, “aunque él no es mala gente”, comenta, “ha vivido de esto toda la vida, él es el rey de la mesa y cuando no está presente con su arrume de relojes, sentimos que algo hace falta aquí en el bar”. Guillermo me ajusta uno en la muñeca y afirma, “Mire cómo le luce, es una prenda genuina”. Estoy buscando un Mount Royal, le digo, un reloj de cuerda que me regaló un tío, pero creo que ya no existe.

—Sí se consigue —me contesta—, pero los Mount Royal no son de cuerda sino automáticos. Allí el señor

se lo busca —dice, y puntúa con una mueca a Alejandro, mientras retira el pulso de mi brazo.

—Aquí en este bar estamos desde chiquitos y de relojes no sabemos nada —refunfuña Guillermo desde su esquina.

Entonces me da por preguntar si alguno sabe qué reloj usaba Pablo Escobar. Y es Guillermo el que pone el móvil cerca de sus labios y lanza su pregunta a Gúgol, el genio de la lámpara.

—Puede usted decirme —pregunta con tono oracular— qué reloj usaba el difunto Pablo Escobar.

En la pantalla aparece un Rolex, Day Date, con diamantes. Esta es la marca que obsesiona a muchos famosos, como Paul Newman, cuyo Rolex Daytona alcanzó en una subasta, en Nueva York, la cifra de 15.5 millones de dólares, más comisiones.

—También a Raúl Reyes, el guerrillero, cuando lo abatieron, le encontraron un Rolex de oro, pero

parece que era chiviado —dice otro con un retintín de novedad.

Nadie en la mesa habla de relojes de la gente más decente, como Gandhi, que usaba un Zenith ruso, ni de Einstein, que tenía un Longines cuadrado y discreto, obsequio de la casa suiza, en 1931, justo para el sabio que se devanó los sesos pensando en el tiempo, y que siempre ponía trenes y relojes en sus ejemplos.

Con el monóculo, el ojo de Guillermo parece otro reloj. Siempre lo lleva colgado de una cadena. Me gusta ver el brinco del puntero, dice, para saber si está bueno. Entonces hago mi oferta.

El hombre se dedica a vender relojes grandes, redondos casi todos porque los cuadrados ya han pasado de moda. Le gusta decir trestornillos, porque este es uno de los rasgos que más vende. Muchos tienen varios redondeles en el tablero para ver la altitud, si ya es de noche en Samoa o en qué fase va la Luna; otros poseen barómetros y cronógrafos deportivos para medir registros de tiempo que algún obeso propietario jamás consultará. En fin, tienen tantas funciones que incluso sirven para dar la hora. Y, pese a su gusto recargado, confieso que me gustó uno que tenía en el tablero las esferas de Ptolomeo con la Tierra en el centro del universo.

Mientras contemplaba aquel batiburrillo de relojes en la mesa pensé que ya es hora de que autoricen que los relojes midan su tiempo a su aire, cada uno, como les dé la gana. En ese instante entra una venezolana a ofrecer un Swatch. Y Polo, uno de los infatigables, le hace una propuesta que a ella no le suena mucho, pues coge su joya y sale del bar. Polo es evangélico, pero tan astuto para los negocios que sus contertulios dicen que en estos trances siempre deja la biblia en la casa.

Alejandro cuenta que esta mesa hace parte de lo que antes se conocía como El Cambalache, un mercado de acera, en la calle Palacé justo al frente del Edificio del Portacomidas, y que ha estado en diferentes lugares de Medellín, de acuerdo con las presiones de los funcionarios del espacio público. Ahora muchos de los relojeros se ubican en los bajos del metro, al frente del antiguo edificio de la gobernación. Y dice que aquí llegan gentes antojadas de conseguir un guache antiguo, otras, con el ánimo de cambiar el que ya tienen. A veces uno de los dos tratantes tiene que encimar dinero en el cambio y es posible salir tumbado al creer que compraba una alhaja más fina. En los setenta, Alejandro tenía una joyería en la avenida La Playa y luego, después de la quiebra, se dedicó a vender telas a crédito, de puerta en puerta por los pueblos de Antioquia, como los libaneses: era un mechero, dice, dejaba la ropa a crédito y luego pasaba a cobrar las cuotas cada semana. En una de esas diligencias lo asaltaron con changones, a él y a su hermano. Por fortuna, sobrevivieron. Desde entonces se dedica a los cambalaches, una vida dura, en la que cualquier desliz también te puede dejar sin blanca.

La venezolana ha regresado y elige a Javier, otro de los asiduos de la mesa, para ofrecerle su reloj. Es una triguena joven, bien trajeadada y con cejas delineadas al modo permanente. Pide otra cantidad, Javier examina el tablero, agita el guache con una mano e intenta escuchar el tictaqueo de su mecanismo, en medio del bullicio y la música que este sábado arruncha a La Montañita.

—Se lo doy en ese precio porque usted me cayó bien —dice la mujer.

Los demás se ríen.

—No se preocupe que él no hace sino caramlear y no compra nada —dice Memo para darle coba. Y ante este desafío de la pandilla, el taimado Javier no tiene más remedio que comprarle el reloj a la inmigrante.

Mientras la chica cuenta su dinero nos dice que su esposo la está esperando para irse a Cúcuta. Con la venta del objeto él comprará el pasaje para regresar a Maracaibo donde tiene a su madre enferma. Es un reloj de mujer y suponemos que ella era quien lo usaba. Por último nos ilustra que en el país de al lado, en la época de la bonanza petrolera, se lucían los relojes más caros del mundo. Ahora muchos inmigrantes los han traído como un respaldo para encargar los malos tiempos. Los bienes son para cubrir los males, rezaba un proverbio paisa.

Cuando la marea de curiosos y antojadizos se retiran, los relojeros se refocilan en sus puestos. Miran tras las puertas el ya lánguido movimiento de la calle Calibío. Aún quedan tinterillos, de los que chuzan sus máquinas Brother para redactar memoriales; vendedores ambulantes, travestis y lustrabotas. Aquí en la mesa de La Montañita se mata el tiempo o se lo ve pasar, la diferencia horaria no importa mucho. Los relojes no existen en horas felices, decía el poeta, y ellos parecen certificarlo. En épocas de la revolución industrial, cuanto más se refinó la medición del tiempo más se mejoró el control del trabajo. En cambio, a ellos, nadie les mide el paso del ocio.

Pasadizo en el tiempo

Varias veces, solo de paso, había visto la calle de los relojeros, un recodo con quioscos de metal, detrás de la iglesia de La Candelaria. Había observado a los hombres que cambian las manillas o reemplazan los pasadores dañados de las pulseras. Este, como tantos atajos del Centro, está lleno de pasadizos que nos llevan de un lugar a otro, a manera de puertas dimensionales, diría H. G. Wells, para cruzar el tiempo o para perderlo. Llevaba en el bolsillo un viejo Victorinox con el tablero descolgado y una hora incierta de un día ya borrado: el pretexto para entablar un diálogo con alguno de los que allí offician. Saqué mi joya abandonada y se la enseñé a un muchacho de pelo bruñido y un acento de barriada.

—¿Qué le pasa a su reloj, apá? —me preguntó.

En un santiamén lo destapó, puso el tablero en su lugar y lo pegó con la gota de un líquido.

—¿Qué es eso?

—Pócima.

Luego me mostró la bobina, un diminuto hilo de cobre envuelto en forma de ovillo.

—Con este reloj hay que tener cuidado al cambiar la batería porque se le puede estropear el contacto con la bobina.

Cambió la batería, pero aun así el reloj se ranchaba en una hora inamovible. Entonces, Anderson puso otra gota en los piñones y la máquina, como si despartara de un letargo, echó a andar otra vez.

—¡Tremenda pócima! —dije, con pose sabionda.

—No, apá, esto es un lubricante. A veces, cuando los relojes llevan mucho tiempo guardados, los mecanismos se endurecen y no hay quién los mueva.

Otra vez tenía al suizo en mi muñeca después de un lustro de no usarlo.

—A mí este reloj me gusta como un putas —le dije, para estar a tono con la calle—. Voy a hacer tiempo aquí, para estar seguro de que sí quedo arreglado.

—No se preocupe —explicó sonriente—, que aquí todos damos garantía.

Y mientras miraba correr los segunderos, pude presenciar la romería de clientes que buscaban a Anderson para que examinara sus tesoros. Anderson, o el Negro, como le dicen sus colegas, recuerda que en 1994 el Municipio le propuso a don José, su padre, y a otros relojeros de acera, que pusieran una cuota de dos millones y medio para construir quioscos de hierro a lo largo del callejón. Desde niño observó al viejo desmontando las partes diminutas con sus pinzas y, cuando este murió, en el 2011, ya sabía lo necesario para continuar con el legado.

Un cliente llega con un Movado al que le falta un eslabón. Hurga entre un montón de recortes de manillas de metal y encuentra una que se le parece, ajusta el tamaño con una lima, la encaja y la ajusta en el pulso del dueño. “Ni al desnudarme suelto el leve yugo; sin reloj ya no sé dormir siquiera”, dijo en su poema José María Valverde.

A simple vista, sin acudir a la lupa en el ojo, Anderson examina ahora un reloj corroído por el agua de mar. El dueño, como el poeta Valverde, fue incapaz de deshacerse de su pulsera y se zambulló en las olas con plácida molicie. Me muestra el óxido de la sal en las ruedas. Y, como el dueño se negaba a perderlo, no hubo más remedio que reemplazar toda la máquina. Dice Skada en el latón de los minutos.

—Es la primera vez que veo ese nombre —apunta el joyero—, porque entre más barato sea el reloj, la gente más lo quiere.

Don Pedro, un relojero de Bello que acaba de llegar a este puesto, enseña las fotos de los relojes que ha reparado en su taller. Me muestra un Seiko que le regaló su esposa al dueño cuando eran novios.

—El reloj ya está achacoso, pero el señor vive cambiándole de pulso, de batería o brillándole la mica, como si no quisiera perder ese recuerdo.

Luego me muestra otras fotos.

—Siempre le tomo una foto a cada reloj después de que lo arreglo.

Antes, don Pedro era maestro de escuela, y aunque no cumplía todavía con el tiempo de jubilación, se cansó de la lucha en el magisterio y abrió su taller. Dice que cuando no sabe algo lo busca con los profes de internet.

Para confirmar la teoría de los aprecio por los relojes, Anderson narra:

—Aquí una vez vino alguien con un Ferrocarril de Antioquia, pero cuando vi que tenía dañado el muelle real y le dije cuánto valía el arreglo, dijo que él no le iba a meter tanto dinero a un reloj, que mejor compra otro porque al fin y al cabo todos dan la hora. Nunca más vino por él, lo arreglé y lo vendí.

Don Pedro espera que su joven amigo le cambie la rueda de la fecha a uno de sus relojes. Al final, cuando el otro mueve el remontador para actualizar el número, el expofesor comenta:

—Ya no faltan sino cuatro días para que se acabe este mes, ¿no?

—Sí —dice Anderson.

—Se va como agua este año.

—¿A ustedes también les pasa? —pregunto.

—Sí —vuelve a decir el Negro—, a nosotros los que trabajamos con el tiempo también se nos va volando.

Anderson tiene un reloj italiano de acero pavonado, un Pagani, con el tablero oscuro y una calavera en el centro que rige la marcha de las manecillas. También la marca Chopard, de alta gama, lanzó por estos años el modelo Santa Muerte, con la cabeza de la Katrina mexicana grabada con visos de tornasol, esa muerte encofetada que solo lucirá la gente estirada.

En el gremio siempre hay un mentor que susurra al novicio los secretos. Paciencia y buen ojo son las principales virtudes, dice Anderson, lo demás son pinzas y algo de malicia. Pero cuando no se puede hacer en el torno la pieza que necesita, Anderson recurre a su maestro, don Emiliano Cubillos, que tiene una colección de repuestos antiguos en la calle del viejo teatro Ópera. Además de él, hay por lo menos veinte en el Centro, la mayoría, aunque se conocen, no se frecuentan. Se ubican en oficinas recónditas de edificios como La Ceiba, Gran Colombia, Furatena o San Roque. Son la vieja guardia de un oficio que se resiste a oír la campanada final.

Reloj con cacatúa

Tenía varias inquietudes metafísicas que solo un maestro podría resolver. ¿Experimenta el tiempo del mismo modo el hombre que le da cuerda a su reloj y el que no tiene que dársele? ¿Cómo lo viven los que usan relojes automáticos, los que hacen correr los segundos con solo mover su muñeca? ¿En qué nota avanza el reloj de cuarzo? ¿Será que suelta sus segundos como diminutos cristales de arena? Según dicen los que camellan en este mercado, el reloj de carga manual está volviendo. Si la ola continúa llegará un momento en que los humanos vuelvan a dominar el tiempo. Con la cuerda, es el dueño del reloj el que le ordena marchar y no al revés.

Iba pensando esto antes de entrar al taller de don Otoniel Sánchez, en el tercer piso del edificio San Roque. Su local se llama D’Otto, como marca sofisticada, pero todos aquí lo conocen solo como don Otto. Estudió Educación Física en el Politécnico, aunque en esa materia ni siquiera llegó a oprimir un cronómetro. Le atrajo más la mecánica diminuta de un Longines que la del cuerpo humano en movimiento. Me enseña una caja negra en cuyo interior mullido, de terciopelo, se alojan un centenar de punzones, varias pinzas

y un mandril. Parece el santasancrótum de la relojería y se llama la punzonera. La heredó de su padre, que tenía su relojería La Fe, en Bolívar con Maracaibo. Y, como los demás iniciados, don Otto, aprendió a desmontar los mecanismos desde pelaíto, fascinado como tantos en creer que si se desbarata la máquina de cuerda se puede acceder al misterio del tiempo, el mismo que desvelaba a San Agustín.

Una amiga de Otoniel, Luz Dary, que ejerce la joyería en otro edificio del Centro, ha venido a consultar por un 46941, de la casa japonesa Orient. Dice que no ha podido cambiarle el volante. De inmediato, el hombre abre la caja y le muestra a su pupila la manera de ajustar aquella rueda flotante de los relojes automáticos que a uno le recuerda la nave de la película 2001: Una odisea del espacio. Ese modelo de reloj tuvo su apogeo entre los años setenta y ochenta, cuando los japoneses irrumpieron en el mercado antes dominado por los suizos. Era muy común ver en las vitrinas sus tableros coloridos, verdes, rojos y amarillos, metidos dentro de la ostra de un acuario, como prueba de resistencia. Y un pescador o un albañil lo llevaban con orgullo a cumplir con sus duras faenas a la intemperie, y hasta lo podían dejar como prenda en la cantina, si su euforia étlica superaba la suma de sus bolsillos.

La dama agradecida, después de la lección, le pregunta a don Otto cuánto le debe. Un beso y un abrazo, precisa él. Enseñada abre la puerta del mostrador y abraza a Luz Dary.

Para don Otto, estar sereno es la virtud relevante de su oficio. Solo recuerda que haya perdido su pulso de relojero una vez, cuando un cliente insidioso le sacó la piedra.

—Me levanté del puesto, respiré profundo, pero cuando intenté poner un piñón, no fui capaz. Me tuve que ir a caminar con mi pitbull.

—¿Pitbull? Pero si este perro no es propiamente un animal sereno.

—Eso depende de cómo lo críes —replica el hombre al segundo.

Y entonces me cuenta que también tuvo de mascota una cacatúa. Una tarde que salió a dar una vuelta, el pájaro lo vio en la calle, desde el balcón de un quinto piso, se lanzó volando y se posó con precisión sobre su hombro. Desde entonces tuvo que salir con ella a dar vueltas, no sé si en contra o en el mismo sentido de las manecillas. En todo caso, cuando la cacatúa se le perdía, sabía que ella volvería. Don Otto no parece sentir nostalgia por esto, antes replica como Salomón: “Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora”. ©



Hípica limeña

por PASCUAL GAVIRIA • Fotografías del autor



El hipódromo ha logrado separarse del carácter de la ciudad, ir un poco más despacio, perder la huella en la carrera de todos los días. Y nos oculta la realidad, nos engaña igual que en sus taquillas y en los pronósticos de sus revistas. Es domingo en Lima y el sol del mediodía deja ver un resplandor que le ayuda a ese edificio dos tallas más grande que el conjunto de sus aficionados. Las tribunas, las escaleras, los amplios salones que miran a la pista son un traje con botones y escudos de otro tiempo. Un vestido de domingo para los viejos que lo visitan con más nostalgia que ilusión por un golpe de suerte.

A la una y treinta sonó el timbre para la primera carrera del día, una recta de mil metros sobre la pista de tierra. En el salón del tercer piso, donde hemos llegado para acompañar a los socios por nuestra dignidad de turistas, no hay más de treinta personas. Nos atiende con timidez una mujer rolliza y risueña. Nos entendemos a trechos, en un lenguaje entrecortado a pesar de hablar el mismo idioma. Nadie juega a la elegancia en ese comedor que parece la sala de un aeropuerto de los años cincuenta, un presumido aeropuerto de provincia con sus techos altos y su piso lustroso. Las cuatro mujeres que reciben las apuestas en sus computadores serían entonces las encargadas de atender a los viajeros. Solo que en este caso cuando desean suerte luego de entregar los tickets lo hacen con algo de sorna.

Go Nina Go pasó primera por el espejo de meta. Desde la tribuna popular, un poco más abajo y a la izquierda, con cafetería en vez de comedor, llega un

pequeño murmullo durante los últimos cien metros de carrera. Algunos aficionados baten sus dedos con fuerza, chocan el pulgar contra el índice simulando la fusta contra el anca. No ha sido sorpresa para nadie, Go Nina Go era la favorita. Al final todo el mundo ríe por la confirmación del pronóstico. Derrotas apacibles y triunfos menores.

La mayor belleza del hipódromo Monterrico está de espaldas a la pista, en el paddock donde los caballos muestran su presencia y ocultan sus intenciones, en el pequeño circuito de exhibición. Caminan de la rienda de sus ayudantes mientras los jockeys conversan entre ellos o con los dueños de los ejemplares. La escena no está exenta de tensión y los colores de los cascos y las casacas de los jinetes hacen pensar en las balotas de una hermosa ruleta. Salvo nosotros, los turistas con sus cámaras atosigantes, nadie mira el corto desfile bajo unas diez ceibas que dan sombra al giro de protocolo. Las ceibas son la mejor muestra del primer esplendor del hipódromo. Fueron sembradas para el futuro y apenas ahora, en tiempos de declive, entregan el fruto de sus troncos rotundos y sus raíces serpenteantes. La naturaleza tiene sus propios tiempos para el esplendor y le entrega al hipódromo una imagen de opulencia. En la caseta de apuestas junto al paddock están los jugadores recalcitrantes, centrados en sus papeles, con un lápiz en la oreja y otro en la mano. Más recelosos entre ellos que los propios jinetes. Ni siquiera suben a ver las carreras, se enteran de sus yerros o sus tinos en dos televisores opacos y gangosos. Parece que jugaran maquinitas en una cantina sin música.

En la segunda de la tarde ganó Mashal, otro gran favorito bajo una casaca roja y blanca con mangas verdes y casco rojo, verde y blanco. De nuevo se respira tranquilidad en el ambiente. Todo bajo el control de la veintena de programas y revistas que entregan los pronósticos.

En las taquillas de apuestas del restaurante también suenan las fustas. Los moscos negros y redondos se posan sobre los uniformes de las taquilleras que los repelen con sus matamoscas. Parece que alentaran a los jinetes con los golpes contra su espalda y sus hombros. Tal vez por eso sueltan sus miradas hostiles como la suerte. Cada vez le presto más atención al ánimo de las cajeras que al programa oficial y sus recomendaciones. Bajo su vestido gris y su ceño fruncido debe estar la suerte.

Viene la primera emoción de la tarde, la trifecta: acertar los ganadores de las tres primeras carreras tiene un acumulado de quince mil soles. Los favoritos han ganado las primeras dos y hay muchos espectadores con sus tickets empuñados. Los mil metros de la tercera de la tarde tienen catorce ejemplares en disputa y un favoritismo bien repartido entre Tiffany's, Nakura y La Jefa. Medusa tumbó a su jinete en el partidito y corre sola en sentido contrario. Un boleto de apuesta en nuestra mesa la tenía como ganadora. Suerte cambiada, podría llamarse. Nos reímos y brindamos por el ojo de nuestra compañera de suertes. Un largo aaahhh de reproches y comentarios entre amargos y resignados por el triunfo de Aldahab marcan el primer gruñido de la tarde. La hembra castaña ganó su primera carrera y acabó con la posibilidad de cualquier

trifecta. Iba cuarta cuando faltaban 150 metros, era apenas una invitada a ver de cerca el remate entre Makura, La Jefa y Tiffany's, pero la fusta y otras magias la dejaron primera. Por fin un vecino nos dirigió unas palabras: "Esto es emocionante pero jodido, ¿eh?". Aldahab pagó sesenta soles por cada sol apostado a los cuadros amarillos y verdes en su casaca.

Las cervezas y los piscos comienzan a animar nuestra mesa. El tirafo viene y va, los tequeños de queso y los chicharrones de pescado son nuestras mejores apuestas. En la mesa del lado beben whisky y juegan cartas entre carrera y carrera. En los altos del salón merodean decenas de golondrinas, vuelan sin rumbo entre los aleros, salen a las tribunas, chillan bajo, con cuidado, y le entregan un aire de fantasía a este club venido a menos. Se cuidan de no cagar sobre los hombros de los presentes para no prometer suertes improbables. El enjambre de golondrinas debería ser un atractivo suficiente para llevar público hasta Monterrico. Las montañas peladas a lo lejos recuerdan la ciudad árida, la costa seca y pedregosa de los acantilados.

Estamos en Lima, en un tiempo suspendido, a finales de los años cincuenta, lejos del turismo y las novedades arqueológicas, protegidos por las antiguas porterías que hoy dan la bienvenida a los contados intrusos en el hipódromo. Hay que agradecer la bien cuidada decadencia, los modales descascarados de la nostalgia. París, por mal ejemplo, remodeló hace unos años su insigne hipódromo de Longchamp y según palabras de Savater, aficionado a los colores de la hípica, convirtió el escenario de episodios de Zola y Proust en

una bodega que parece un Ikea. Monterrico se conserva bien sin hazañas literarias ni hípicas, solo para los engaños en el cronómetro vulgar de las carreras y en el reloj más noble de la melancolía.

Triunfo de largo para Bosé en la cuarta, de nuevo el favorito es el ganador, celeste y blanco son los primeros visos en el espejo para alegría de quienes evocaron al cantante con una apuesta en su boleto. El orden de los tres primeros ha dejado sesenta soles en nuestra mesa.

Ahora los televisores colgados de las columnas hacen una extraña denuncia. La pista de grama del hipódromo iba a ser reinaugurada con dos carreras pero sufrió un sabotaje en la madrugada y quedó inhabilitada. "Luego de un intenso trabajo de fertilización y mantenimiento la pista ha sufrido un acto de sabotaje a las 00:30 horas de esta madrugada. Rechazamos los actos vandálicos y hemos puesto la investigación en manos de las autoridades...". Nadie le presta atención al anuncio, no hay comentarios ni sorpresa. Le pregunto a uno de los vecinos y contesta con un sonoro, "Ahh, son unos desgraciados...", y me dice que nunca, en cincuenta años de aficionado, le había tocado una charlatanería igual. Las tramas en medio de las carreras me recuerdan los modales de los apostadores en las canchas de fútbol aficionado. Detrás de ese silencio tiene que haber una mafia pueril.

En la quinta de la tarde Jueves ganó de principio a fin, del partidito a la sentencia en un minuto y dieciocho segundos. Tenía algún chance como antagonista de los favoritos en los 1400 metros. Muy pocos celebran, Hilandera, la gran favorita, no llegó entre los cinco primeros, su casaca con una X negra era una señal que no logramos descifrar.

La herradura del escudo del Jockey Club sobre el piso del hall tiene la marca de la primera carrera en Monterrico en diciembre de 1960. Antes hubo dos hipódromos en Lima, los dos pequeños, en el centro de la ciudad, se fueron quedando cortos con la afición creciente en la primera mitad del siglo XX. Ahora los casinos y las apuestas a las grandes ligas de fútbol han dejado a la hípica como una antigualla de fin de semana para quienes buscan el encanto de los bares viejos.

La sexta es la más larga de la tarde, 1900 metros para apenas cinco yeguas en carrera. Karmi es la favorita de todos. Faltando trescientos metros aceleró y le sacó tres cuerpos a Chica Bonita. Todo según las previsiones y en nuestra boleta hay aciertos para los tres primeros. Quedan 43 soles sobre la mesa y celebramos con la cerveza en alto como si fuéramos los dueños de la yegua ganadora. En la taquilla nuestra pagadora preferida nos sonríe mientras dice, "Qué buena suerte". Ya era hora, le digo y resalto que ganó la lógica: "Esa no viene todos los domingos", me responde.

El piso del hipódromo no está tapizado de colillas y los vasos de café no rebosan la boca de las papeleras. ¿A nadie le importa ganar en este mundo tan luminoso y tan frío? ¿Nadie sufre por las



derrotas? ¿Hay una farsa montada para que cinco turistas colombianos dejen unos soles a cambio de este delicioso espezimanto? De verdad parece que estuviéramos jugando Monopolio. En su poema *Cómo ser un gran escritor* Bukowski deja caer el desorden de sus consejos: "Ve al hipódromo por lo menos una vez / a la semana / y gana / si es posible. / Aprender a ganar es / difícil, / cualquier estúpido puede ser un buen perdedor". Parece que en Lima los días de hipódromo no dejan las heridas suficientes para curtir a los escritores.

En la séptima del programa Absoluta pasó por el espejo de meta con más de nueve cuerpos de ventaja. La carrera fue simple trámite, todos los pronósticos la daban ganadora. Lo mejor estuvo en las descripciones del programa: "Una hembra torquilla conducida por un jinete con casaca azulina con una V amarilla". Esos rutinarios y arrugados programas llenos de tiempos y estadísticas por momentos parecen describir pájaros desconocidos, mariposas en vía de extinción. Por algo ese "tordilla" viene de tordo, un pájaro de "pico delgado y negro con lomo gris aceitunado". Van tres carreras seguidas con triunfos por los favoritos, acertar esos tres nombres solo pagó veintitrés soles. Este juego sin sorpresas ni descabros ni golpes de suerte no deja más que seguir otro consejo de Bukowski en el mismo poema: "Sólo toma más cerveza, más y más cerveza".

La penúltima del domingo encuentra al comedor del hipódromo un poco más bulloso. El whisky de los vecinos comienza a hacer efecto y los restos en los bolsillos ponen algo más de movimiento frente a las máquinas de apuestas. Las golondrinas también parecen un poco más agitadas. ¿Dónde duermen las golondrinas? ¿Qué encanto encuentran en los techos de este edificio silencioso que muere de lunes a jueves? El vecino más locuaz se acerca a nuestra mesa. Es un

hombre menudo de unos setenta años, dice llevar más de cuarenta entre hipódromos. Lo imaginamos vestido de colores en su juventud de jockey. Al oír su acento argentino lo visto con una V roja sobre la casaca blanca como homenaje a River Plate. Quiere recomendar dos buenas opciones: "Me gustan Bikala y Numitor para la exacta, pero aposté según tu gusto". Acertar el ganador de las últimas cuatro carreras promete la bolsa más grande la tarde. La séptima tuvo un favorito en meta y para la octava, Ginebra, una buena opción, dio el golpe sobre la llegada. Todo el mundo aprieta su boleta y la mayoría tiene al número cuatro como ganador en la novena. Numitor es el gran favorito, doce de las veinte revistas y papeles que pronostican lo marcan primero. "Bikala es buena, yo le creo, lo único malo es que el dueño es de la junta directiva del hipódromo y puede hacer sus jodas y pararla", me dice mi nuevo consejero. Otra vez las trampas están sobre la mesa y recuerdo el desgano de quienes apuestan y rabian en la parte baja, viendo los televisores en silencio.

Bikala salió disparada y fue primera hasta los 1150 metros en la carrera de 1200. Numitor venía segundo hasta ese mismo momento. Faltando trescientos metros Bikala le llevaba tres cuerpos al segundo, pero de atrás apareció la aparecida Mrs. Hope y acabó con mi uno-dos. Por primera vez en la tarde grité, alenté a mis binomios con ganas y solté un hipeputazo al final. Mi vecino se acercó a consolarme, entre vencido y efusivo me soltó la sentencia: "Le dije, se acomodan". Acertar en la advertencia de que iban a parar a Bikala compensa con creces su rabia por la derrota en las taquillas. Mrs. Hope, una hembra castaña de cinco años con el número uno en el partidito, fue el ejemplar al que menos fichas le pusieron los apostadores entre los catorce que corrieron la novena del domingo. A todos nos dieron con el palo de la tarde.

Han pasado las seis y se anuncia la última carrera. No hay más de doscientas personas en el hipódromo Monterrico. El triunfo de Mrs. Hope mandó a mucha gente a la calle. La más atrevida de nuestra mesa, con rabia por ese triunfo inesperado, decide irle al caballo que más promete dividiendo según los números de los monitores en el salón. Faltan más de cinco minutos para el cierre de las apuestas y Andrei, un castrado castaño que no gana hace seis carreras, está marcado como ganador en el boleto de nuestra compañera de suertes. La cuenta de la mesa ha sido lo mejor de la tarde. Los precios también están venidos a menos y celebramos con los últimos piscos.

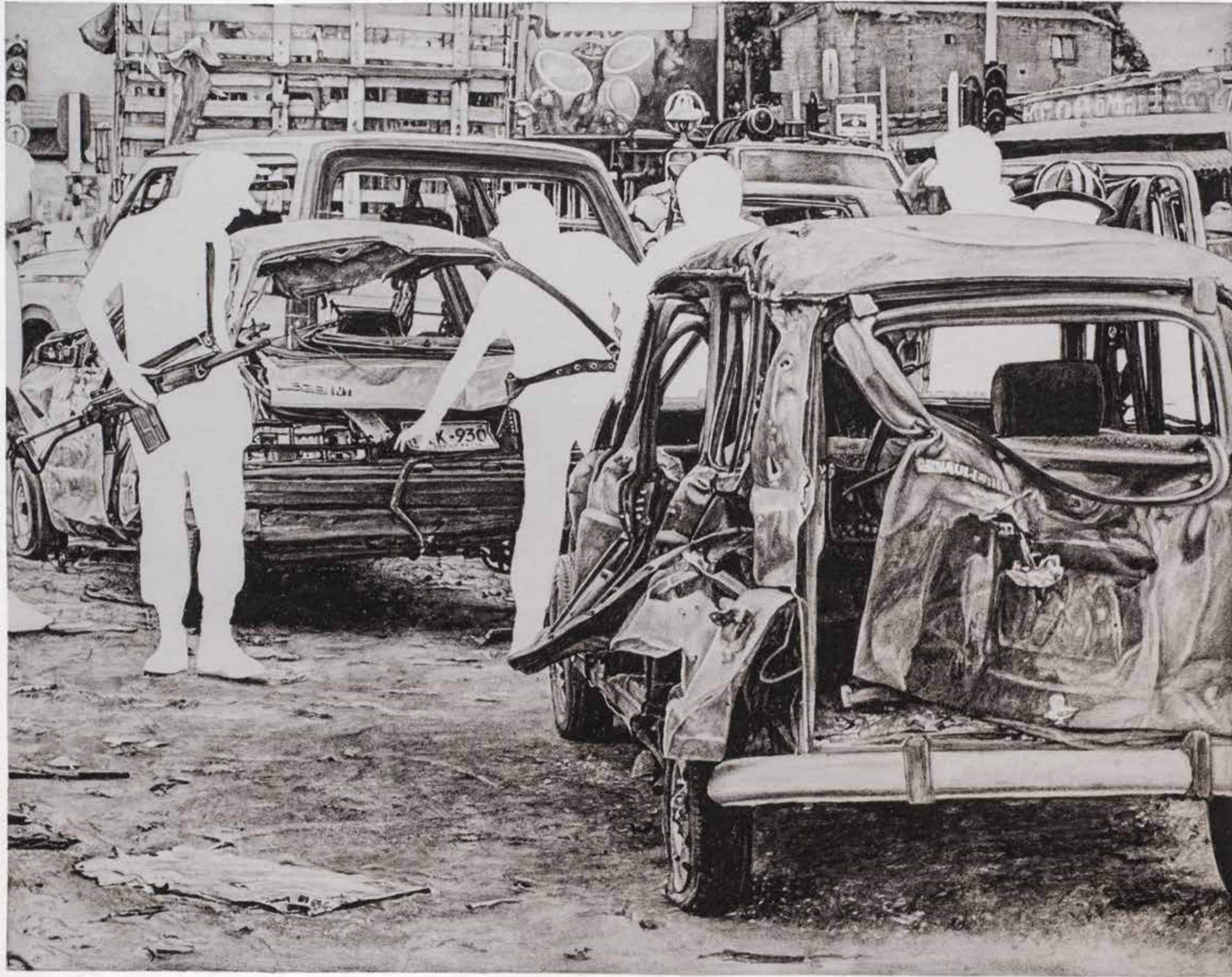
Andrei dominó la recta de mil metros de principio a fin. Apostarle al peor ranqueado ha sido la mejor de estrategia de la tarde. Los grandes favoritos no han llegado entre los cinco primeros. La ganadora entre nosotros se cayó bajando por la tribuna mientras alentaba a su Andrei. No había ojos para las escalas. Cuando nos relamos del segundo gran palo de la tarde apareció con un dedo aporreado, el pantalón mascado en una rodilla y el triquete ganador en alto. Cojea pero gana. Fue el mayor dividiendo para nuestra mesa de apuestas, los 63 soles (cerca de sesenta mil pesos) son suficientes para que salgamos con una sensación de triunfo. No importa el balance general.

El ocaso acompaña al hipódromo con una luz amarilla contra el muro de la tribuna principal. Desde afuera ha dejado de ser ese club señorial y ahora parece un edificio burocrático de tercera, un ministerio cubano. Nos despidió la garúa limeña y un inesperado arco iris. En las afueras encontramos una ciudad de hierro donde se escapan gritos y olores dulztones. Los niños revolotean y chillan como golondrinas. La ganadora del grupo decide gastar su botín en los mareos de dos máquinas. Damos vueltas en esas ruidosas ruletas sin apuestas ni ganadores. ☺

Patricia Fuenmayor
Asesora en seguros
Tel. 3216402928 - 375 7300
patfuenmayor@hotmail.com

Boston Bar Café
Cra 42 con Cll 54 • Caracas con Córdoba
Atendido por John Jaramillo, su propietario

Bebidas y comidas



Juan Camilo Castaño

Amnesia voluntaria III

Foto original de Jorge Betancur, cortesía del periódico *El Mundo*.
Dibujo hecho con polvo recogido del interior del edificio Mónaco a partir de una foto sobre el cubrimiento de los carros bomba.
2019



Juan Camilo Castaño

Amnesia voluntaria I

Foto original de Jorge Betancur, cortesía del periódico *El Mundo*.
Dibujo hecho con polvo recogido del interior del edificio Mónaco a partir de una foto sobre el cubrimiento de los carros bomba.
2019

*Fotografías de Julieta Duque

Variaciones sobre el silencio

La palabra es abeja, Pero el silencio es miel. Jaime Torres Bodet

El mago Tzinacán cree que en la palabra *tigre* se esconde el universo entero, cosas que están a lado y lado del mundo: la hierba del sur y los vientos del norte que la mecen, el sol que calienta ambos, el río que alimentó a la gacela que pasta en la hierba y que el tigre devoró; baila el universo en esa palabra. *Corazón* es extraña, porque al pronunciarla pensamos en una masa de carne y sangre que no podría contener en sí florecitas o piedras, pero en la que al mismo tiempo caben las muchas personas a las que esperamos no olvidar, y las muchas tristezas. Nos parecemos a la palabra *ornitorrinco*, es una y varias cosas, un amasijo, una mixtura graciosa y venenosa. *Arrebol* y *bruma* son lindas, no sé bien por qué, tal vez el que sean formas de la naturaleza les confiere algo, tal vez sea porque se ha hecho buena poesía con ellas. *Ruido* es fea, tantas cosas son ruido: los inventos de los hombres, los recuerdos de los amores malos, el sufrimiento, la consciencia de la injusticia y la impunidad, la nostalgia, el dolor, nuestra propia existencia. *Silencio*, en cambio, es bella. Muchas cosas son silencio.

Silencio es la respuesta que damos a una pregunta que avergüenza; es la brecha entre un testigo y un cómplice; la forma del suspenso, y del dolor después del llanto; lo que antecede a las noticias trágicas, y a las grandes cosas; la rabia contenida; el lenguaje de los muertos. Luis Villoro dice que el silencio anuncia la cualidad sorpresiva de las cosas; a veces el silencio está en el lugar de algunas palabras que no quieren decirse, o no deben, porque hay palabras que condenan y silencios que salvan; el silencio es también la señal de la impotencia, como cuando vemos las tragedias ajenas y no hacemos más que apretar los dientes. El Tao enseña que la palabra surge del silencio y a él se dirige: hacemos silencio cuando hemos entendido y ya no necesitamos de las palabras, *el silencio es la respiración de la mente*; y solo sabemos que estamos íntimamente unidos al amante cuando disfrutamos más de su existencia, quieta y calma, que de sus actos. Ya ven, silencio no es algo, sino su ausencia, la negación de la omnipotencia de la palabra, y su límite: “Solo el silencio nombra las cosas que importan, lo sagrado”. Muchas cosas son silencio, sin embargo, entre tantas, he querido pensar en una en particular, la encontré en un libro del que ya les hablaré, *el silencio es la forma del cosmos*, decía, así que intentaré llegar a ella y a su comprensión, mientras vamos caminando en medio de otras cosas que también son silencio.

Cansado de tantas imágenes, Demócrito se arrancó los ojos para pensar con mayor lucidez.

Corren por los pasillos del tiempo rumores sobre grandes exploradores que revelaron a millones los secretos de un mundo del que solo conocieron fragmentos. Reinas y reyes del universo infinito encerrados en cáscaras de nueces: Immanuel Kant nunca se alejó más de seis kilómetros de su natal Königsberg; Robert Burton se encerró durante veintidós años en la Biblioteca Bodleiana de Oxford para escribir un libro; la impresionante Emily Dickinson decidió encerrarse en su casa y no salir más hasta su muerte. En la otra forma de la ficción, Borges nos habló de un hombre que aislado en las ruinas de un templo circular creó a un hombre digno, el único hasta ahora, de habitar el universo; nos habló de otro que, encerrado en una prisión, podía leer en la piel de un jaguar la escritura de un dios y la excusa de la existencia. Aves raras que parecen haber tomado como mantra la advertencia de Blaise Pascal: “Todas las desgracias del hombre se derivan del hecho de no ser capaz de estar tranquilamente sentado y solo en una habitación”, y que extendieron a la posteridad una lección: silencio es alejarse.

Otra historia cuenta que Demócrito había visto la perfección en una mujer, se arrancó los ojos, dicen, para que lo bello fuera una imagen eterna en él. En el siglo XVIII el filósofo Xavier de Maistre escribió *Viaje alrededor de mi habitación*, dijo que pretendía ofrecer “un recurso seguro contra el aburrimiento y un alivio a los males que soportamos”. *Viaje* es algo así como la confesión de un hallazgo: el francés encontró una nueva manera de viajar, de la que él mismo dice que es muy provechosa para los enfermos, que ya no tendrán que temer a las inclemencias del tiempo; para los cobardes y perezosos, que no encontrarán ladrones en el camino, precipicios ni barrancos; para todos los desgraciados y hastiados del universo, para aquellos a quienes una mortificación de amor o una negligencia de la amistad retienen, lejos de la pequeñez y perfidia de los hombres. El caso es que se encerró 42 días en su habitación, y aislado del ruido del resto de mortales entendió que solo allí podía estar a salvo de la *envidia inquieta de los hombres*, a salvo de rutas que llevan siempre a algún lugar: el teatro, el café, la escuela, el trabajo, todo atiborrado de gentes y tristezas, de injusticias o bellezas que turban siempre el alma. De Maistre supo que encerrados en nuestra habitación podemos encontrar un placer mayor: seguir los surcos de nuestras ideas, su rastro, “como el cazador que persigue a su presa, no por la ruta marcada,

sino según ella misma indique”. Y es en la cacería que uno va de un lado al otro de la habitación, en veces allí en veces allá, depredadores de ideas, hábiles acechando sospechas e hipótesis, sin los límites turbios del asfalto, de la siempre frágil libertad ajena, sin los límites del espacio o el cuerpo, ser solo tiempo.

En nuestra habitación, dice, siempre hay una cama o sillón en el que podemos dejar de ser, porque todos tenemos un lugar en el que podemos no ser lo que somos, alejarnos de obligaciones y urgencias. Hay un poema de Borges que puede ayudarnos a entender la idea, se llama *El centinela*. Se trata de un hombre que cuenta que está condenado a vivir la vida de otro hombre que le obliga a limpiarle los pies y comer para él, ambos, sabemos, son y no son el mismo, comparten cuerpo, pero uno tiene un nombre al que le ha amarrado un destino (levantarse, cumplir citas, escribir libros, amar sin ser amado), el otro es solo un hombre sin nombre: “Entra la luz y me recuerdo; (...) / Me impone su memoria. / Me impone las miserias de cada día, la / condición humana (...)”.

El asunto es que De Maistre y Borges sugieren que en alguna medida todos somos el centinela, todos querríamos, una mañana cualquiera, quedarnos en casa mientras otro (que es y no es nosotros) usa nuestra máscara y cumple con nuestras obligaciones y tristezas. Quizá De Maistre sospechó que la idea de Pascal y la alternativa del viaje contaban indudablemente con dos problemas técnicos: i) la vida afuera obliga: no parece que vaya a estar fácil librarnos de las cargas que nos esperan tras las puertas de nuestra habitación; y ii) la vida afuera parece ofrecer mayores goces que la vida dentro. Quizá De Maistre sospechó ambos obstáculos en la propuesta de Pascal, y vio en el asunto de la bestia, el alma y el cuerpo, una brillante manera de saltarlos. Verán: De Maistre cree que una buena forma de explicar lo que nos pasa es pensándonos como si fuéramos un cuerpo comandado por un alma y una bestia que se rotan el timón; piense usted, por ejemplo, cuando se encuentra leyendo algo: su cuerpo está dispuesto frente a las letras, construyendo sentido, va en la página 127 de *La soledad sonora*, y lee la estrofa dos: El hombre que mañana ha de morir / presta atención al ave en la pradera / porque su son hace mover el hacha / que clama por su cuello... y usted, digamos, sigue leyendo (estrofa tres: verso uno, dos, tres, cuatro), pero al mismo tiempo usted sigue repitiendo en su cabeza: Su son hace mover el hacha / que clama... un hacha que clama... Y mientras la bestia comanda su cuerpo, al que hace bajar el cursor o pasar la hoja, acomodar la espalda, girar la cabeza, el alma sigue la música de las palabras, pensando en el hombre que mañana ha de morir. Somos bestia

cuando son las tribulaciones de la carne, las formas del goce, los caprichos del rostro, del nombre y apellido, del reflejo en el espejo lo que atrae nuestra atención, lo que nos domina y entretiene. De Maistre dice que lograr viajar en nuestra propia habitación no es fácil, porque la mayoría de nosotros llevamos mucho más tiempo siendo bestia, y para aprender a viajar tenemos que ser alma. Somos alma cuando dejamos que la mirada pase del mundo atiborrado, a los dos, tres ideas que nos roban, nos espantan, nos encantan, y nos obligan a meternos dentro de nosotros como por un embudo silencioso. Somos alma cuando nos alejamos del ruido de lo humano, y buscamos el silencio.

El silencio no es ausencia o negación como enseñan los antiguos es privación

José Tolentino Mendoza

Dicen que es imposible para los humanos el silencio absoluto. El siglo XXI permitió poner a prueba algo que antes era impensable: los Laboratorios Orfield crearon una cámara anecoica, una construcción que permite absorber el sonido que incide sobre sus paredes. Se logró con ella aislar las ondas sonoras externas hasta en un 99,99 por ciento, el resultado de encerrarse allí ha sido más encantador que el invento mismo: en ausencia del sonido externo, las personas se sienten desorientadas, mareadas, ha habido reportes de desvarío, Steven Orfield ha dicho que lo que sucede es que justo en ese punto las ondas acústicas vienen desde dentro de quien escucha, que ellos son el sonido; dicen que nadie ha aguantado más de 45 minutos allí; parece que escuchar el corazón latir, la sangre fluyendo y hurgando, la respiración, a nosotros mismos se ha vuelto, a fuerza del imperio de los ruidos del mundo, una experiencia turbadora, dicen, de hecho, que el cerebro empieza a crear sonidos en un intento por completar lo que parece un fallo: vivir es enturbiar, y quizá por eso se entiende también que silencio es el cuerpo sin los ruidos del mundo.

En una obra de teatro de Pessoa, dice una de las mujeres que velaban al marinero muerto: cuanto más oigo, menos me pertenezco.

Hace poco leí un libro del editor y expedicionista Erling Kagge, se trata de *El silencio en la era del ruido*, una especie de manifiesto sobre 33 de las muchas formas del silencio y del ruido, y a la vez un manual para *viajar*, para evadirse del mundo. En la primera de las formas Kagge dice que cuando hacemos que el mundo calle permitimos que el silencio hable, *los secretos del mundo se esconden en el silencio*, dice que muchos de nosotros no queremos escuchar el silencio, le huimos, prendemos la televisión,

subimos el volumen de la música, buscamos un amigo o un amor para llenar de ruido nuestro mundo.

A fuerza de hacer oír el ruido vuelve inaudibles las voces.

J.T.M.

Kagge se limita a decir que huimos del silencio por temor, pero me gusta pensar que, como con todo en este mundo de espejos, se trata de algo que otros habían vivido ya, y que ha llegado a nosotros en forma de ficción: en la mitología griega hay un par de anécdotas sobre la relación entre los hombres y las sirenas, la primera y más popular es la de Odiseo, quien siguiendo el consejo ladino de Circe se fue a la mar en busca de Ítaca y tomó una ruta que llevó su nave y a los suyos hacia las sirenas, los monstruos míticos mixtura entre ave y mujer, que eran temidos por su canto, dicen que escucharlas tenía un poder de imán que hacía que los mortales se arrojaran al mar en pos de ellas y quedaran a su merced. Odiseo, como sabemos, se tapó con cera los oídos y se hizo encadenar al mástil para evitar lo que su pasión podría obligarle a hacer si las sirenas llegaran a cantar; en la historia de Homero Odiseo triunfa, pero en la de Kafka no. En *El silencio de las sirenas* Kafka nos hace ver que la historia no podía ser del todo así, que todos los griegos sabían que “el canto de las sirenas lo traspasaba todo, la pasión de los seducidos habría hecho saltar prisiones más fuertes que mástiles y cadenas”, entonces dice que las sirenas poseen un arma más terrible que su canto: su silencio. Kafka cree que quizá las sirenas no cantaron y solo fingieron hacerlo, entendieron que a Odiseo el astuto solo podría vencerlo él mismo, simularon que por sus cuellos emplumados salían los efectos de las vibraciones internas, y vieron los grandes ojos de Odiseo abrirse paso junto con su alegría altiva al no escuchar el canto que creía impregnaba todo, gozosas lo vieron creyendo que sus divertidas artimañas habían servido; los monstruos decidieron perder aparentemente y ganar íntimamente, y lo vieron partir sin saber que lo había derrotado el silencio. Quizá hay allí otra de las razones por las que le huimos: el silencio es el verdugo.

Silencio: contemplar la nieve hasta confundirse con ella

J.T.M.

Hay otra anécdota que se cuenta después de la de Homero, pero que sucede antes: los argonautas navegan en busca del vellocino de oro, se encuentran con las sirenas, hay temor y turbación entre todos pero no es la cera o el mástil sino la música su recurso: Orfeo toca la lira para que la música de los hombres sea más fuerte que el canto de las sirenas, y funciona, pero sucede lo inesperado: uno de ellos se arroja al mar, y se dispone a morir en él, mientras persigue el canto y encanto de los monstruos, su nombre era Butes.

La historia de Butes logra darnos la respuesta que Kagge no, la razón por la cual huimos del silencio: el escritor francés Pascal Quignard dice que quizá el problema de los occidentales es que somos hijos de Odiseo y no de Butes, que el canto de las sirenas es el canto del mundo, de la mezcla entre la tierra, el aire y el mar, que arrojarase a ellas es aceptar que no es el ruido de los hombres, la música de Orfeo, sino las vibraciones del cosmos lo que deberíamos

buscar, en un intento a la vez de entendernos, de regresar a la música originaria, todos deberíamos ser Butes: arrojarnos a las pasiones y a lo incomprendible, a todo lo que el silencio de las sirenas podría revelarnos, escuchar por una vez el mundo, el mar. Pero somos hijos de Odiseo, y preferimos tapar nuestros oídos con cera, prender la televisión, subir el volumen de la lira de Orfeo; acostumbrados a huir, no entendimos que el silencio es el mundo sin los ruidos del hombre.

Solo el hombre, pequeño, cuyo humano latido en la tierra, es un sueño, ¡solo el hombre hace ruido!

Alfonsina Storni

Hemos dicho que el silencio es alejarse, luego, que es el cuerpo sin los ruidos del mundo, que es el verdugo, y finalmente que es el mundo sin los ruidos del hombre. Ya podemos usar estas cuatro formas como escalera: que el silencio sea privación implica que en los límites del lenguaje inicia lo importante, debemos callar nuestra voz y por eso hay que alejarse, porque el ruido de los humanos no deja escuchar la música del mundo, y porque solo cuando hay silencio entendemos. Ahora sabemos que para que haya silencio el

mundo debe prescindir de nosotros, que somos el único animal cuyos ruidos no encajan con la armonía del universo; y es por esto también que siempre que creamos que somos más importantes que el silencio, el silencio será verdugo. Esas cuatro ideas implican la insignificancia nuestra, y el camino para comprender la relación entre esto y el cosmos. Un peldaño más: en *El marinero*, una obra de teatro de Fernando Pessoa, se entiende que lo que está antes y después de la vida carece de tiempo, y el tiempo y su consciencia son ruido. Qué distinta sería la vida nuestra si no estuviéramos atentos siempre al reloj, la piel, los logros. Volvamos entonces:



por lo que dice Pessoa podemos entender que los sueños y el mar son silencio, porque en ambos se anula la consciencia del tiempo, y que por eso para algunos la soledad es ruido, porque marca los segundos y proyecta los días repetitivos por venir; y tal vez es por eso que ciertas formas de la soledad y el amor mayor son silencio, porque ambos nos separan del mundo de los hombres, que es todo ruido y luces, ambos eliminan la consciencia del tiempo, porque la soledad nos conecta con las cosas y el amor nos enlaza en otros, ambas, soledad y amor, nos hacen reconocernos insignificantes y a la vez parte de algo más grande que nosotros. En *La ruta del silencio: viaje por los libros del Tao*, Inaki Preciado Idoeta dice que para el Tao el silencio es quietud, y uno de los sinogramas del silencio traduce *nirvana* y otro, *vacío*, dice también que “el silencio es la forma del cosmos”: porque solo en silencio le quitamos el reinado al ruido que hemos sido desde que nacimos, y solo por medio de él podemos hacer parte de algo más grande. Ya lo ven, parece que la única forma de asumir una vida silenciosa es yendo en contra de todo lo que hemos aprendido, porque nos educaron para el ruido, y hoy el silencio es tanto deseo apasionado como obligación.

El silencio no es un modo de reposo o suspensión sino de resistencia.

J.T.M.

©

Palabrerías de bar

por CAMILO JARAMILLO • Ilustración de Titania Mejía

—¿No los odias?
—¿Odiar qué?
—Estos incómodos silencios. ¿Por qué creemos que es necesario decir tonterías para estar cómodos?
—No lo sé, es una buena pregunta.
Mia Wallace y Vincent Vega en *Pulp Fiction*

Podría ser en cualquier parte. Pero esta vez estamos en el Parque del Periodista, en el bar donde se edita un periódico. Olafo, mi amigo de siempre, trata de convencerme de que los pobres tienen mejor vida sexual que los ricos.

—Píllate a los costeos —me dice—. A cada rato inundaciones, falta de alimentos, escasez de servicios públicos... ¿y alguna vez los han visto quejarse por su vida sexual? ¡Nunca, papá! En ese campo se mueven sin reclamos. No he conocido a la primera costeña que se queje de que su marido, aunque borracho y perezoso, no sepa responder sobre el colchón.

—No sé, hermano, suena raro —le digo.

—Tantos vallenatos cantando a la dicha sexual, tantos mapalés y bullarengues no son carreta.

—Pero Olafo, ¿vos te das cuenta de lo que estás diciendo?

—¿Vos has leído la Biblia? —insiste—. ¿Te has puesto a contar cuántos vulgares sirvientes se la juegan al patrón con la esposa?

—Bueno, yo me acuerdo de que en *Las mil y una noches* la primera historia es la del rey Shahriar, que al llegar a la casa encuentra a la esposa durmiendo con un esclavo.

—Y pílle a Cleopatra.
—Los cuentos de Boccaccio también podrían ser una reivindicación de la vida sexual del pobre —comienzo a ceder—, pero eso es literatura.

—Y qué me dice de Henry Miller: caminando solo por las calles, sin un dólar en el bolsillo, y de pronto zas, se encuentra una vieja, dice lo que debe decir y mero polvo en un callejón.

—...
—Por qué creés que a los perros de raza los dejan pasar días de hambre antes del coito.

Y sigue y sigue...

De hecho, podríamos pasar así toda la noche o cambiar de tema y hablar otro rato hasta que nos echaran del bar. Entonces miro a la mesa del frente, y a la de más allá, y encuentro réplicas de lo que pasa entre Olafo y yo: hablan y hablan, asienten, niegan, se ríen. Están en lo suyo, sin pararle bolas a los demás, en una verborrea vibrante bajo el milagro de la media luz. Afuera, lo mismo; y en otros parques, igual, imagino. En cada ciudad donde haya dos loros o dos cacatúas y algo de alcohol. O una conquista, o una conversación de esquina que de repente fluye. El verbo revoltoso y espontáneo. La brillante incoherencia de los borrachos. La gracia de las tesis sin sentido. La dialéctica lenta de los

mariguanos. Y pienso —medio embriagado yo también— que esas personas que echan paja sin la intención de salvar el mundo, son las que están salvando el mundo.

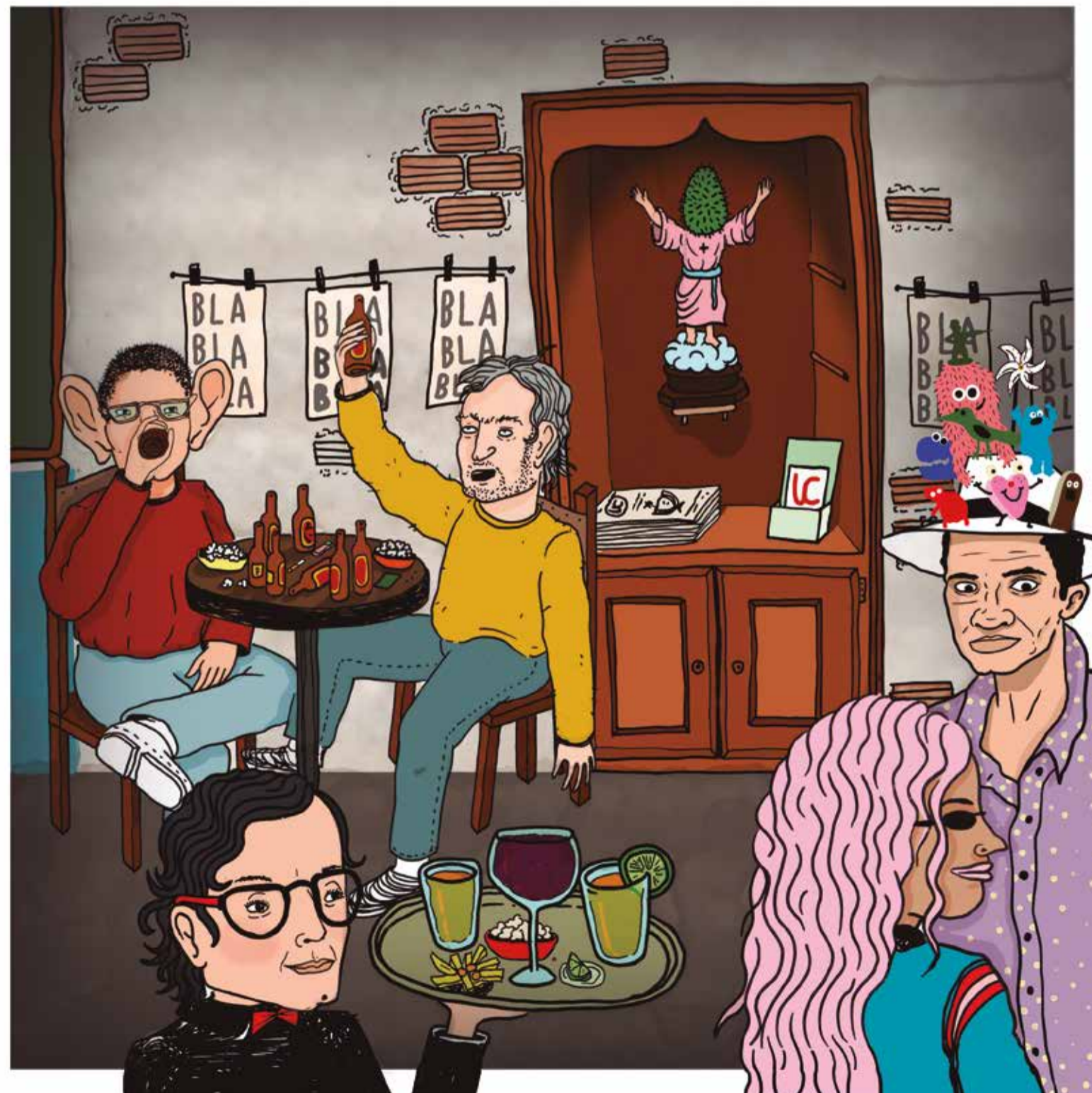
—Vení, acaso por qué creés que Suiza es uno de los países con mayores índices de suicidio a pesar de su tan nombrada calidad de vida y del nivel de desempleo más bajo del planeta. Los ricos la pasan mal, y la pasan mal porque son malos amantes —continúa mi amigo.

Solo que yo ya no lo escucho, o lo escucho a medias. Animado por mi nueva teoría, divago un poco más y me zampo otro trago de cerveza. Deduzco que cuando el conde La Rochefoucauld escribió que la verdadera elocuencia consiste en decir todo lo necesario, y no en decir más de lo que lo es, seguro no estaba pensando en los bares.

—¿Vos has visto *Pulp Fiction*? —interrumpo.
—¿*Pulp* qué? ¿La del maletín que brilla? Ah, me quedé dormido.

—Yo creo que es una película donde lo más interesante son los diálogos, y lo interesante es que no dicen nada.

Le cuento, por ejemplo, el diálogo entre Vincent Vega y Jules Winnfield sobre las hamburguesas de París. Para más precisión, lo busco en el celular y se lo leo: “¿Sabes cómo le dicen al cuarto de libra con queso en París? ¿No le dicen cuarto de libra con queso? Ellos usan el sistema métrico, así que no saben qué demonios es un cuarto de libra. ¿Entonces, cómo lo llaman?



Le llaman... Royale con queso. Royale con queso. Sí, eso es. Ajá... ¿y cómo llaman a la Big Mac? Una Big Mac es una Big Mac, pero ellos le dicen Le Big Mac. Le Big Mac... ¿Y cómo llaman al Whooper? No lo sé, no fui a ningún Burger King... ¿Y qué le ponen a las patatas fritas en Holanda en vez de ketchup? ¿Qué? Mayonesa... ¡Puaj, joder! Les vi hacerlo, macho; las bañan en esa mierda”.

Olafo se muestra confundido. Trato de creer que es por la traducción española.

—¿Y cuál es la gracia? —me pregunta.

—Pues eso, viejo, que son diálogos que se parecen a la vida misma, como vos y yo en este momento o como los de la mesa de allá. Eso tiene su mérito.

Olafo espera, piensa.

—En ese campo me parece más ingenioso Cantinflas —me dice, triunfante.

Y remata con una cita que se sabe de memoria: “¡Ahí está el detalle! Que no es ni lo uno, ni lo otro, sino todo lo contrario. Y como decía Napoleón: el que parte y reparte, le toca su Bonaparte”.

Qué fregado, mi amigo. Cómo no había pensado en el mexicano, me lamento. Olafo se levanta de la silla y va hacia el baño, a lo mejor con la certeza de haber ripostado a un campeón. Sin embargo, mientras lo veo perderse tambaleante, pienso que Cantinflas es un boxeador de las palabras que gana por puntos. Un pugilista que busca agotar al oponente con sus laberintos de retruécanos. Mientras que los hablantinosos de bar no ganan ni pierden, tan solo hablan. Al otro día probablemente ni recordarán nada de lo dicho —todas esas filosofías de urgencia sacadas del bolsillo— pero no importará porque el placer del boquiflojo está en el acto mismo de dejar la lengua absuelta, nunca en el resultado. Así que aunque parezca que Olafo me noqueó con su argumento cantinflesco, al final no importa. Ni él saborea el triunfo ni yo vomito la derrota. Ni siquiera se dio cuenta de lo que dijo. Caminante no hay camino, se hace camino al hablar.

Aprovecho que Olafo se demora en la fila del baño para seguir pensando. El arte de hablar mierda tiene sus categorías y algunas de ellas son espurias. Por ejemplo, las que requieren tribuna para desplegar su palabra. Me refiero a los políticos y a los curas, por solo mencionar algunos. El verdadero placer de la palabra es el que se da espontáneo, no el que nace de un púlpito o un guion. Cuánta bajeza hay en quien aprende a disuadir con retórica adusta, quien ve en la palabra un arma para gritarla en el ágora. En cambio, cuánta dulzura en la seducción inesperada, en la labia que termina con el triunfo de un beso. O en el palique de los compadres al frente de sus casas, con el dominio de por medio, mamando ron. No joda —me digo con acento impostado—, cuánto de primitivo y profundo hay en ese acto del parloteo.

Un acto que no es ni mucho menos ñoño o insustancial —canto emocionado mientras levanto la cerveza—. Hay que ver cuánta profundidad esconde la incoherencia de los borrachos, la lengua de un seductor que se juega el polvo de su vida, la cháchara feliz en la fila de un teléfono público en La Habana. Cuántas frases profundas se lanzan sin saberlo, cuántas teorías revolucionarias capaces de cambiar el rumbo de una nación. Paro la oreja y trato de escuchar lo que hablan en las otras mesas; el resultado es divino: charlas sobre la logorrea en el posmodernismo, salidas urgentes en caso de un apocalipsis zombi, las ventajitas innegables de la copa menstrual, el parecido porcino de nuestro presidente. Un mar de profundidad que a nadie le importa, que se perderá con las olas.

Mientras levito en esta sensación mi amigo regresa con dos cervezas en la mano. Estoy dispuesto a contarle los resultados de mi análisis de borrachera, pero él, como si este tema de las palabras hubiera sido un paréntesis no más, se adelanta y retoma su cháchara envidiosa:

—¿Te acordás de Chuchín, el Crespo? —me dice—. Hermano, era el más pobre del pueblo pero se acostó con todas. ¿O sería porque bailaba tan bien? Ah, lo que hubiera dado yo por haber sido más pobre o por saber bailar.

Y sigue, y sigue, y yo lo dejo hablar porque lo quiero, porque es mi amigo, y porque de eso se trata. Porque a veces soy peor, y hablo, y hablo. Libertad de palabras por el placer del sonido. Acumulación verbal. Olafo facundia y yo bebo, y pienso en la frase de Borges: “Que otros se jacten de las páginas que han escrito; a mí me enorgullecen las que he leído”. Qué va, yo me enorgulleczo de la cháchara que se despilfarran sin remordimiento. ☺



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

ÁNIMO CÉLIMO

(Con final borgiano)

El Medellín de entonces era “anterior al balido y al llanto”. No existían la Avenida Oriental, el Edificio Coltejer, el Museo de Antioquia. Aún no incordiaban los nadaístas, no se oía rock, no bajaban silletteros. Nuestros referentes eran el Teatro Junín, el Astor, el Bosque de la Independencia. Y, por supuesto, el Parque de Bolívar, escenario de esta historia mínima.

Pues por esas calendas, alguien, llamado Célimo Montes Zuluaga, anunció su propósito de dar vueltas en bicicleta al parque, durante cinco días sucesivos, sin apearse en ningún momento; la promesa de aquella hazaña nos congregó a todos, y cada uno aportó su diaria tarea de ver y aclamar al héroe; quien, firme el paso e inescrutable el rostro, cruzaba una y otra vez frente a su público, alentado por el “¡Ánimo Célimo!” que entonábamos a coro. No fue suficiente ese grito, y nuestro paladín se derrumbó antes de alcanzar la tierra prometida.

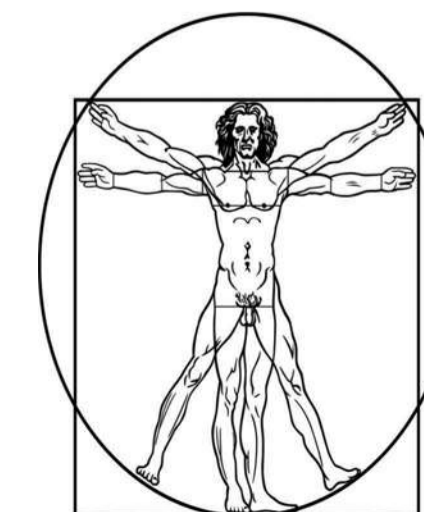
Días después otro ciclista quiso enfrentarse al reto; pocos fueron a verle, no hubo coros para él. En silencio, destinado al anonimato, llevó a cabo la imposible hazaña.

Y sí, el final de esta historia le hubiera gustado al autor argentino, si en tan remotos años hubiera habitado ya entre nosotros. Hay en la derrota una nobleza que la victoria desconoce. Palabras más o menos, Borges dixit.

CODA

Los grandes eventos culturales parecen funcionar muy bien en los pueblos. Los casos son muchos, y el reciente Hay Festival en Jericó es un estupendo ejemplo; por cierto, el pueblo desbordó de sobra su capacidad de albergue. Pero al final todos cupieron, y fueron felices.

Esta columna sugiere uno, todavía inédito. Un encuentro de teatreros, a celebrarse en algún lugar más o menos distante de la capital paisa. Asistirían elencos de campanillas, criollos y extranjeros. Pero también los muchos grupos que actúan y crean por estos pueblos de Dios, sin más apoyo que sus ganas y su talento, mientras Medellín los ignora sin remedio: por falta de informantes. ☺



VICTOR AGUDELO E.

Medicina alternativa

Manejo del dolor agudo y crónico

Citas: 321 696 3676
vagudelo@hotmail.com

Señorita, pero no doncella

por FELIPE OSORIO VERGARA • Fotografías del Archivo Histórico Judicial de Medellín

Si alguno engañare a una doncella que no fuere desposada, y durmiere con ella, deberá dotarla y tomarla por mujer.
Éxodo 22:16.

Los gritos de dolor rompieron el silencio que reinaba en la casa solariega del barrio Mesa Jaramillo, al oriente de la plaza central de Envigado. María de los Ángeles Londoño sentía una humedad cada vez mayor que corría entre sus piernas. Sabía qué le ocurría. Su vástago, el hijo de la deshonra, se abría paso en su útero. Pidió ayuda. Sus padres acudieron sin vacilación al consultorio del doctor Samuel Meza y Posada, quien asistió el parto de la señorita Londoño, cuyo único pecado era precisamente ese, ser señorita, pero no doncella.

María de los Ángeles Londoño Zapata llegó al mundo cuando Medellín era habitada por setenta mil almas, y aún había quienes insistían en anteponerle el epíteto religioso de Villa de Nuestra Señora de la Candelaria. Era hija legítima de Juan Nepomuceno Londoño y María Felisa Zapata, quienes tuvieron a su descendiente en el por entonces corregimiento de El Poblado, el martes 9 de agosto de 1910, dos días después de la posesión en la presidencia de su paisano, el republicano Carlos E. Restrepo.

María de los Ángeles, a quien cariñosamente conocían como Ángela, fue bautizada al día siguiente de su alumbramiento en la recién construida iglesia de San José de El Poblado, como era la costumbre por aquellos tiempos de inicio de siglo. Nació en el seno de una familia de “baja posición social” pero “honorable y de conducta intachable”. Se crio en el mismo corregimiento que la vio nacer, y que desde los años veinte del siglo veinte se conectaba con el Centro de la ciudad por un tranvía eléctrico, y por el Ferrocarril de Antioquia, que tenía una estación contigua a alguno de los meandros que otrora hacía el río Medellín por el valle. Aquel caserío estaba conformado por pequeñas parcelas de agricultores y ganaderos, y mayoritariamente por fincas de recreo de la élite de Medellín que, aunque residía en lujosas casonas en el barrio Prado, acostumbraba dar paseos los fines de semana a sus casas de campo en esa zona al suroriente de la ciudad.

Precisamente fue en una de estas fincas de recreo, en la Monterrey, propiedad de Luis Olarte y Laurete de Olarte, que la señorita Londoño se vinculó al mundo laboral como dentrodera a la edad de veintitrés años. Su trabajo era tomado por oficio doméstico, dedicado al arreglo del interior de las casas, bien distinto a las encargadas de la cocina y el lavado de la ropa. No se sabe cómo se conoció con Jesús Antonio Montoya, pero al ser este nacido y criado en El Poblado, y haber trabajado con varias familias acudadas del sector, es muy probable que vivieran cerca o se hubieran conocido en Monterrey. Entre ellos se forjó una relación muy cercana. Para la época, Montoya tendría diecisiete o dieciocho años y, a pesar de ser menor, le prometió a la señorita Londoño unirse con ella bajo el sacramento del

matrimonio debido al mucho amor que decía tenerle. La promesa coincidió con el tiempo en que ella comenzó a laborar en la casa de campo de los Olarte. Desde el principio, Cantono, como era conocido Montoya, hacía manifestaciones a Londoño para que esta se le entregara carnalmente, con el compromiso de que se casaría con ella.

Entre las gentes de El Poblado se sabía que “la Londoño” estaba ennoviada con Cantono, pero nadie dudaba de las buenas costumbres morales de la señorita. De hecho, los trabajadores de Monterrey, al igual que los tres novios que tuvo Ángela antes de Montoya, eran enfáticos en declarar su buena conducta moral. Montoya, por su parte, había estudiado hasta primaria en una escuela del corregimiento y era chofer, oficio bien pago en un momento en el que Medellín tenía solo 5807 carros.

La finca Monterrey tenía extensas áreas verdes que cubrían el sector entre el río Medellín y el camino nort-sur contiguo al parque principal de El Poblado. Un día de octubre de 1940, el mes más frío y lluvioso del año para el valle de Aburrá, en una manga contigua a la casa de los Olarte, la señorita Londoño perdió lo que más atesoraba las mujeres de esa Medellín conservadora y moigata: la virginidad. Puede inferirse que la hierba estaba húmeda, bien por las lluvias de temporada, bien por la niebla o el rocío de la noche o la madrugada. Si Cantono fue caballeroso debió extender su saco como un lecho para ambos, y allí, a media luz, los amantes consumaron su deseo. Por el temor a ser descubiertos y tachados de inmorales, lujuriosos o fornicarios, el tiempo para el “gustico” no fue muy largo.

Materializar el amor en un potero demuestra que no había otro espacio más íntimo en donde pudieran estar juntos, pues la estricta vigilancia paterna y eclesiástica se colaba a la esfera de lo privado. La descripción del acto carnal es escueta. Es como si el mero recuerdo del rompimiento del himen agravara la culpa y la deshonra que sentía la señorita Londoño. “Montoya logró hacerme suya en la forma carnal por sus muchas súplicas y por el amor que decía profesarme, a la vez que con el compromiso de celebrar matrimonio a la mayor brevedad”, declaró catorce meses después ante el inspector de policía de El Poblado.

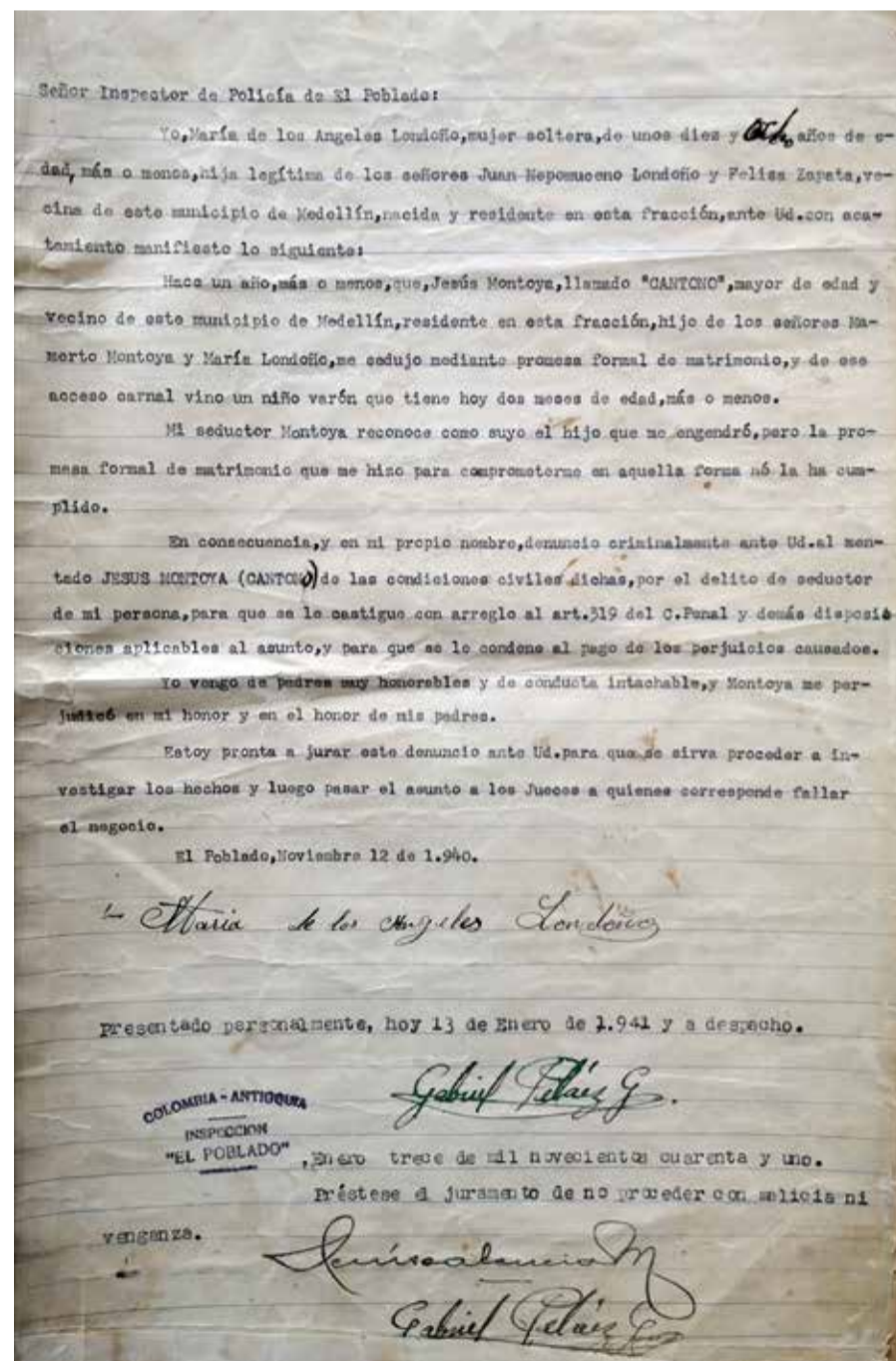
Ángela no solo se le entregó por vez primera en aquella manga, también permitió que él gozara de su cuerpo en varias ocasiones. Producto de esto, ella quedó embarazada y fue despedida de la casa de los Olarte. El 15 de agosto de 1940, a la edad de treinta años recién cumplidos, la señorita Londoño dio a luz a un varoncito en su casa. Para ese momento había cambiado su domicilio de El Poblado hacia la calle 19, cerca de la estatua de Cristo Rey, en el vecino municipio de Envigado. El parto fue más difícil de lo normal; fue distócico: la pelvis de ella era muy estrecha como para permitir la salida natural del bebé. El alumbramiento tuvo que ser atendido por un médico, quien después certificaría su maternidad. La señorita tardó unos días en recuperarse, como cuentan las vecinas que atestiguan en su caso.

La denuncia

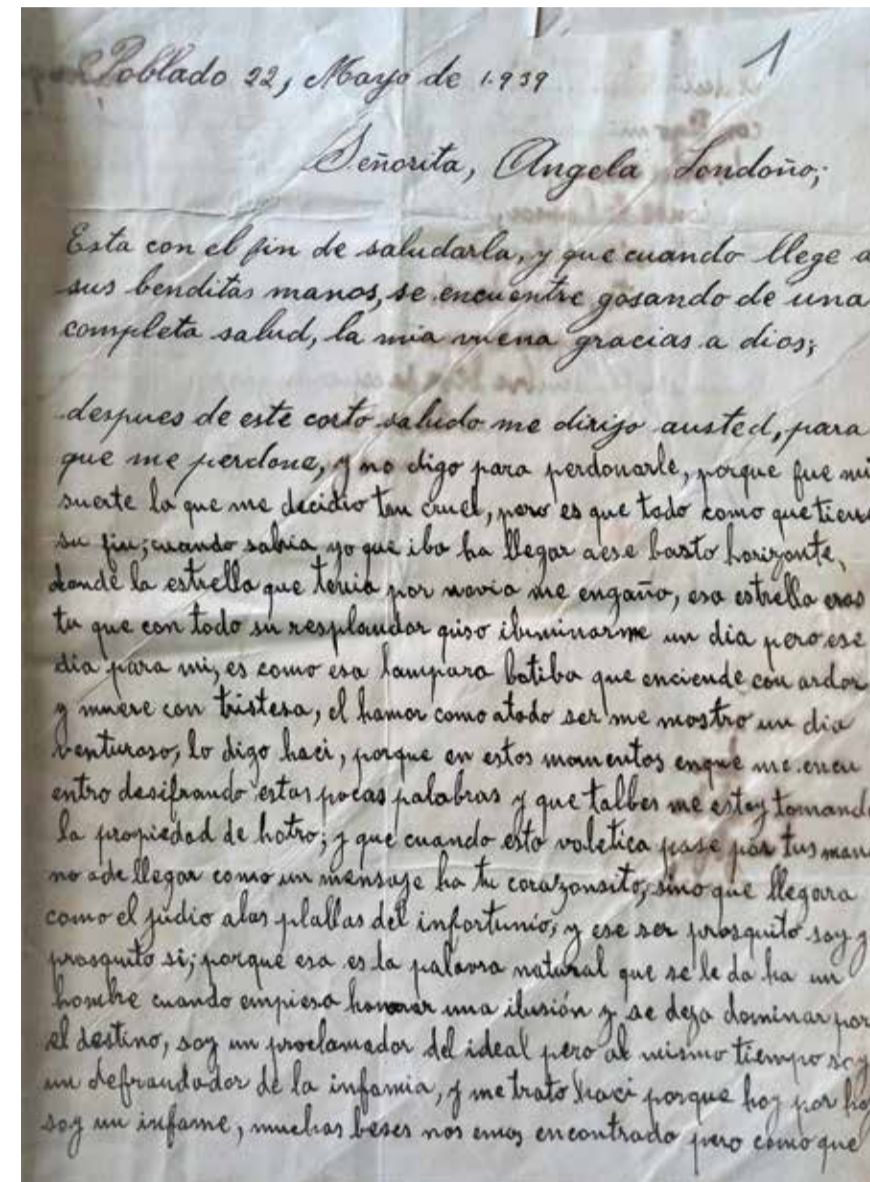
“El que obtenga el acceso carnal a una mujer mayor de catorce años, empleando al efecto maniobras engañosas o supercherías de cualquier género, o seduciéndola mediante promesa formal de matrimonio, está sujeto a la pena de uno a seis años de prisión”. Artículo 320. Código Penal de 1936.

María de los Ángeles Londoño compareció en noviembre 12 de 1940 ante el inspector de El Poblado para denunciar por seducción a Jesús Montoya y para ser reparada por los perjuicios que él le había causado a su honra.

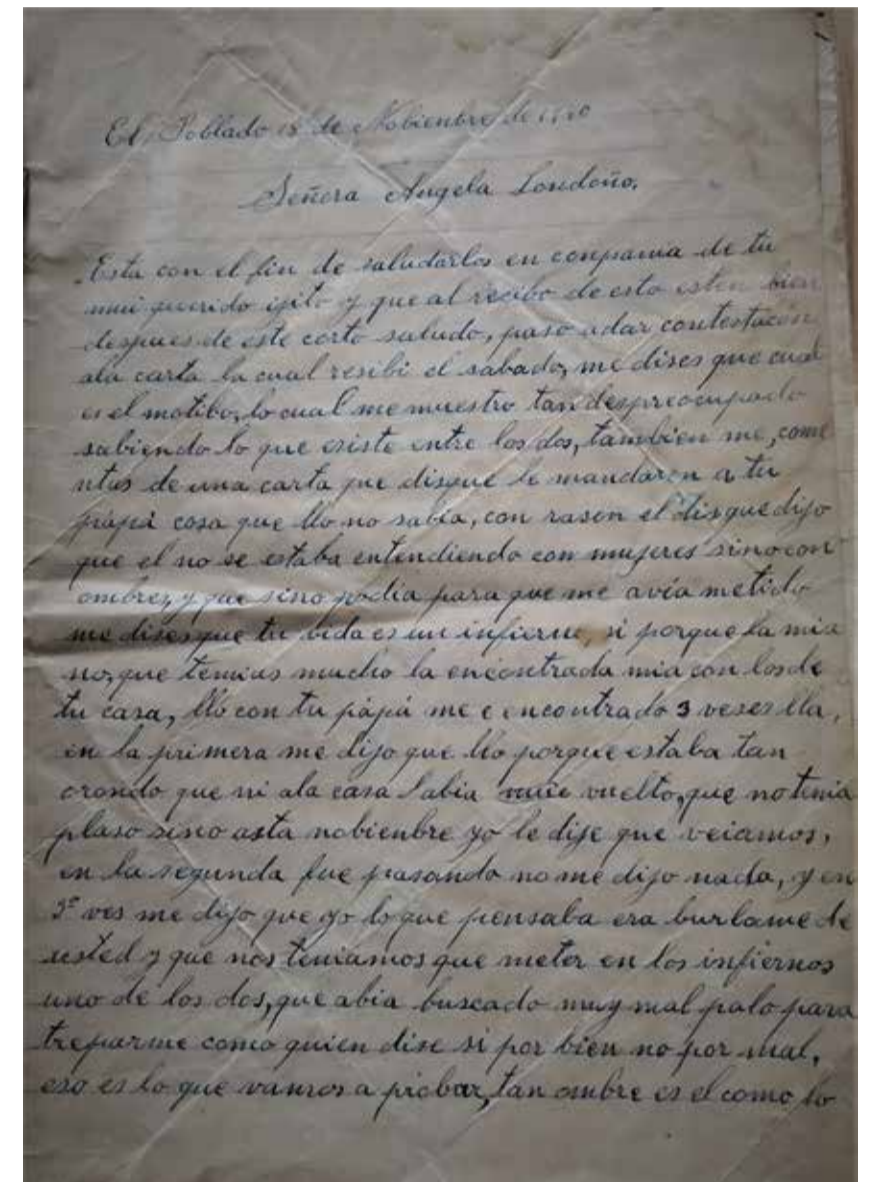
Una fórmula popular para explicar el significado del delito de seducción era: *prometer para meter y luego de metido, no cumplir lo prometido*. Frase que resumía la situación que atravesaba Londoño, pues después de una promesa de matrimonio hecha siete años atrás, entregarse carnalmente a él, e incluso haber dado a luz a un niño, Montoya no había cumplido su promesa de llevarla al altar. Por esto, ratificó su denuncia el 13 de enero de 1941, dando inicio a la investigación contra Cantono. Allegó como elementos materiales probatorios dos cartas firmadas por él y pidió que rindieran testimonio tres personas para dar cuenta de sus buenas costumbres y honra. Testigos que después coincidirían en la buena conducta moral de ella.



En su denuncia, Londoño afirma tener dieciocho años, cuando en realidad tenía treinta. Tanto la partida de bautizo como los testimonios del caso dan cuenta de que nació en 1910.



Fragmentos de las cartas escritas por Jesús Antonio Montoya.



La investigación

En el interrogatorio Montoya desconoció la promesa hecha a “la Londoño”, pero aceptó que había tenido trato carnal con ella. Entre otras cosas, afirmó que las dos cartas fechadas en 22 de mayo de 1937 y 18 de noviembre de 1940 eran de su puño y letra. Rechazó la paternidad del hijo de la señorita y aseguró que ella había tenido relaciones íntimas con otros hombres, aunque en una de las cartas él escribió: “También me dices que niego ese angelito siendo que él no tiene la culpa de pagar lo que nosotros hicimos, no es que llo (sic) lo niegue, pero tampoco estoy en el deber de contar lo que he hecho contigo”.

Cantono nombró a Rafael Velásquez Montoya como apoderado, y este pidió la declaración de nueve testigos, cinco de los cuales reconocieron la buena conducta moral de la señorita Londoño, pero aceptaron que había tenido varios novios. Dos afirmaron no saber nada. Dos testimoniaron contra ella, una de las cuales resultó ser prima hermana del acusado: “La Londoño es demasiado confanzuda con los hombres y tiene muy mala fama en cuanto a la moral (...) no se maneja bien”. Otro, quien era albañil de El Poblado, afirmó: “De la conducta moral de la Londoño solo decir que desde hace unos doce años se habla mal de ella entre las gentes”.

En las pesquisas fue posible determinar que desde 1937 Cantono se encontraba comprometido con Ligia Agudelo.

Concepto final

El 30 de julio de 1942, el Juzgado Primero Superior de Medellín sobreeseyó el caso, toda vez que “no hay prueba de maniobras engañosas ni de promesa formal de matrimonio”. Y, además de esto, emitió su concepto sobre la actuación de la señorita: “María de los Ángeles Londoño está sufriendo las consecuencias de sus propios y voluntarios actos, y no tiene derecho a

quejarse porque solamente se le dio gusto, quitándole una virginidad que le pesaba”. Luego el concepto del juez se amplió y afirmó que: “Estos denuncios por estupro están de moda porque son como un alivio para las madres solteras que buscan una justificación de sus actos y más frecuentemente una buena remuneración por servicios que en realidad no prestaron, sino que recibieron. En buen romance se llama esto ambición acompañada de ingratitud”.

En la sentencia del juez se entrevió su postura a favor del hombre en detrimento de la mujer. Jesús Antonio Montoya no fue condenado y al momento del sobreesamiento seguía comprometido con la señorita Ligia Agudelo. María de los Ángeles Londoño, por su parte, tuvo que cargar el peso del deshonor de ser una madre soltera. Si antes de la denuncia estaba “viviendo un infierno”, como en la carta fechada el sábado 16 de noviembre de 1940 se lo había hecho saber a Cantono, después de la sentencia el infierno se hizo más grande, ahora hasta la misma justicia, en representación de la República de Colombia, le había dado la espalda. Estaba sola, con un hijo de casi dos años y con su honor y reputación al traste por el simple hecho de no estar casada y haber perdido la virginidad. Era señorita, pero no doncella. ©

A la casa de los caimanes silenciosos

por JULIO CÉSAR DUQUE CARDONA • Ilustraciones de Cachorro

Animales, foresta, piedras y humanos, en las notas de un viajero por el Guaviare durante un encuentro Nacional de Caminantes. La selva y el río susurran apenas el peligro de bocas filudas y hambrientas.

Para atrapar un cocodrilo hay que cazar primero la carnada.
¿Viajar solo o acompañado? Siendo joven viajé solo, uno se mueve según el viento. Luego con la familia, según el contenido de la compañía. Esta vez calculé mal las vacaciones y tuve que salir a pasear a San José del Guaviare sin mi esposa, pero con setenta extraños.

Setenta personas paseando juntas provocan que todo esté “fuera de control”, con esperas e ineficiencias por todo el camino. Por ejemplo, en la salida una viajera se durmió y llegó tarde al aeropuerto, cuando el avión, con los primeros treinta acompañantes, había cerrado las puertas. Tuvo que comprar tiquete en horario posterior y nosotros, que éramos los últimos en salir, tuvimos que esperar más de una hora en Bogotá. A muchos les dio rabia: “El colmo del descontrol”, “gente descuidada”. Mejor que yo no la conozca, igual cualquiera se duerme. Más a mi edad.

Por ahorrarse unos pesos los organizadores del viaje enviaron a unos con tiquetes sin equipaje incluido, y amarraron las maletas de dos pasajeros en un solo paquete, para hacer una que no pesara más de veintitrés kilos. Pero las maletas se “desamarraron” en la bodega del avión. Los empleados las tiran a la bodega sin contemplación y, obvio, se embolató una; otra hora perdida hasta que la encontraron.

Desde la capital rumbo al profundo sur. Como la vía al Llano estaba cerrada nos tocó dar la vuelta por Boyacá, valle de Tenza, Sisga, la antigua carretera del proyecto hidroeléctrico Chivor. Hoy es una trocha con miles de huecos nunca reparados. Quince horas para llegar al Guaviare por vías alternas, cuando se calcularon solo nueve desde Bogotá.

El valle de Tenza es precioso, con sus montañas redondas y miles de sembrados de diferentes colores. Pasamos al frente de la montaña donde está la mina de esmeraldas de Somondoco, paisaje de recientes crímenes por la piedra. Un pueblo de calles desoladas donde la muerte camina con total libertad. Nos bajamos del bus a comer una arepa redonda, tostada y llena de queso. Nadie en la calle. Comí una, luego pedí dos, pero me acordé de que estoy solo. Llevamos dos horas de atraso por culpa de una dormilona que no quiero conocer y vamos a ajustar muchas más. Comienza mi aventura por el sur violento, el país de los cocodrilos, chigüiros, cerdos salvajes y exguerrilleros desempleados.

Miércoles

Llegamos a las cuatro de la mañana a San José del Guaviare y a las seis salimos de caminata para Cerro Azul, llamado también “la puerta del Chiribiquete”. Es una piedra de unos cincuenta metros de alto y setenta de ancho, redonda, con árboles encima, llena de figuras pintadas por nuestros antepasados hace doce mil años. La piedra tiene debajo una cueva de cien metros de largo y algo más de uno con cincuenta de alto, por donde pasé sin agacharme mucho. Bueno, yo no era el único. Había una muchacha más pequeña. No era amiga de nadie y se me hizo al lado para aprovechar mi linterna. Resultó que el sueño de esa muchacha fue el que nos hizo atrasar. Nadie quería hacer amistad con ella. Yo la puse en mi grupo de cercanos. Hasta creyeron que era mi hija.

En los dibujos sobre la piedra descubrí que la atarraya, arma sin arpones usada por mi papá en los años de pesca en el río Cauca, fue utilizada por nuestros milenarios antepasados, que la pintaron

lanzándola al río, extendida y con los peces capturados. Puro surrealismo. También pintaron los telares, la adoración a La Danta, animal deificado; veinte hombres llevan un inmenso madero sobre sus hombros. Otros muchos hacen la adoración a sus dioses con la fogata al frente.

En la esquina de la piedra observo con sorpresa la infidelidad o la poligamia dibujadas: la mujer en embarazo que lleva de la mano a sus dos hijos, mientras el indio, con el pene erecto, trata de fecundar a otra india que está al lado.

Pregunté por qué parte de la piedra está cubierta con una pintura roja. El arqueólogo me felicitó por la pregunta, casi nadie la hace: los incas invadieron el territorio de los huitotos, varios milenios después de que ellos comenzaran a pintar su cotidianidad en la piedra. Entonces, para no develar los secretos de su nacionalidad, los avasallados repintaban las piedras para ocultar a sus enemigos la información estratégica. Debajo de aquella pintura pueden verse insectos, rutas de un tesoro, el interior de una fruta, las pepas de la guanábana, la identificación de un

sagrario, señales del camino. También ocultan a sus enemigos la forma de hacer fuego, secreto nacional huitoto. Me llené de razones para llorar de felicidad.

Pero Cerro Azul es un lugar abandonado por nuestras autoridades. Lo “cuidó” la guerrilla por cincuenta años. Y yo no quiero agradecerle nada a la guerrilla. Pero debo ser honesto con mi crónica. A eso vine por aquí, a conocer alguna verdad que me explicara más profundo la violencia.

Una señora mayor unta su dedo con saliva y trata de obtener un poco de la pintura que ha estado allí por doce mil años. Una joven se sube por una liana que está pegada de la piedra para que el novio le tome una foto. Alguien imagina sacar una laja de la piedra para venderla en el mercado negro y el arqueólogo pide no repetir ese tipo de propuestas. No hay policía ni ejército ni alguien que cuide esta inmensa joya nacional. Al rato veo a un guía campesino orinando sobre la base de la piedra. No tuve reparo en regañarlo. Me contestó que sus riñones eran más importantes. Le puse la queja al arqueólogo. Este regañó al guía públicamente, cuando yo

lo había denunciado en privado. Qué tal que el guía fuera un exguerrillero, pensé, o un paramilitar que tomara venganza unos metros más adelante. Pero así soy de metepatas. La otra vez iba a denunciar a un vicepresidente y a un general de la República que posaron un helicóptero en Ciudad Perdida y estaban paseando con más de veinte personas de su familia de cuenta del erario público, mientras nosotros habíamos subido cuatro días a pie. Un tiempo después el general resultó acusado de paramilitar y el vice fue nombrado embajador. ¡Qué peligro ser tan iluso!

No sé, pero intuyo que en pocos años no tendremos Cerro Azul por culpa del turismo irresponsable. Luego fuimos a un cristallizador de pasta de coca que la policía había quemado hacía dos años. Como se quedó sin trabajo, el dueño aprovechó e hizo una finca integral y ecológica para “educación” de los turistas. En su finca tenía cerdos “salvajes”, chigüiros domesticados, loras verdes, hermosos papagayos con garras tan grandes como mis dedos. A la gente le gusta tomarse fotos con animales

capturados, a mí me parece execrable. ¿Pero qué hace uno? Aguantar, éramos la mitad de setenta. Le pregunté aparte al campesino si la policía ambiental no le suspendía el negocio por las capturas de animales salvajes. Se rio. “¿Policía aquí? No vienen ni los caimanes...”, me dijo. A alguien le dicen aquí Caimán y estamos cerca de su casa.

El hombre nos cuenta cómo entró la policía a su parcela y quemó la estructura de su laboratorio. Y más tarde, con exceso de detalles, nos capacita sobre cómo se hace la pasta de coca, desde la recolección, montado sobre el tallo de la planta para retirar la hoja con movimientos fuertes de las manos, el remojo en gasolina, pasando por el “salado”, o sea la cocción lenta del cemento, los ácidos que se le sueltan a la hoja y, por último, la acetona para cristalizarlo. Después de toda la explicación, que no me parecía muy útil, nos pregunta: “¿En lo poco que ustedes han estado aquí, han visto drogadictos en San José?”. No habíamos tenido tiempo de mirar, pero nos dijo: “Y no los verán, porque nosotros los campesinos, al ver todas las cochinasas

que le echamos a la hoja de coca, de ninguna manera consumimos este veneno”. Lección aprendida.

Nos habló de las historias del negocio: cuando reinaba Pablo Escobar, pagaba a 180 pesos el gramo de pasta. Y quien ofreciera más era hombre muerto. Luego de morir Escobar, llegaron los narcotraficantes en negocios individuales a comprar pasta de coca y el precio subió a tres mil pesos el gramo. Llegó una verdadera bonanza campesina. Y cuando estaban en el pico de la demanda, llegaron las Farc y regularon el precio a balazos, el que pagara más de dos mil pesos por un gramo de coca era hombre ajusticiado por los justicieros.

Luego comimos un sancocho campesino en una finca. Nos atendieron unas mujeres muy amables. Pero sobre las paredes de aquella casa se exhibían las pieles de cinco tigres, pieles desde la más grande a la más pequeña, por lo que concluí, sin mucha imaginación, que mataron a una familia entera de fieras. Sufrí en silencio viendo las pieles: yo le estaba colaborando a los asesinos de tigres. No se ven pieles de cocodrilo por aquí y le pregunté a la dueña de casa: “¿Se cazan cocodrilos por aquí?”, “Sí, los del río Guaviare son pequeños y su piel es cara. No se meta sin protección al río. Los grandes cocodrilos están en la selva, lejos de aquí...”. Alguien de la familia soltó la carcajada y remató: “Para matar un caimán hay que estar armado. Y es mejor no andar armado por aquí”.

He comido las sopas de varios continentes, pero nada mejor que la sopa de plátano y yuca que comí en aquella finca de cazadores de tigres a una hora al sur de San José del Guaviare.

De vuelta a San José unos se fueron a recuperar algo de sueño. Yo caminé al parque de San José a ver bailar a los llaneros. Luego volví al hotel a escribir mi diario. Hoy es miércoles, debí ir al taller de escritores, pero aquí me siento bien, sin obligaciones, conociendo el mundo que se me escondió por 35 años de trabajo de oficina. Soy un privilegiado que escribe en el poco tiempo que le deja el ocio.

Jueves

Amanecemos con la noticia de que alguien había ordenado cerrar Cerro Azul y que no se programarían más visitas a la piedra. Quise saber quién había ordenado cerrarla: “Alguien”, me contestó el guía. “Por aquí es mejor no hacer muchas preguntas, amigo”. Algún caimán impone el silencio de sus dientes de metal.

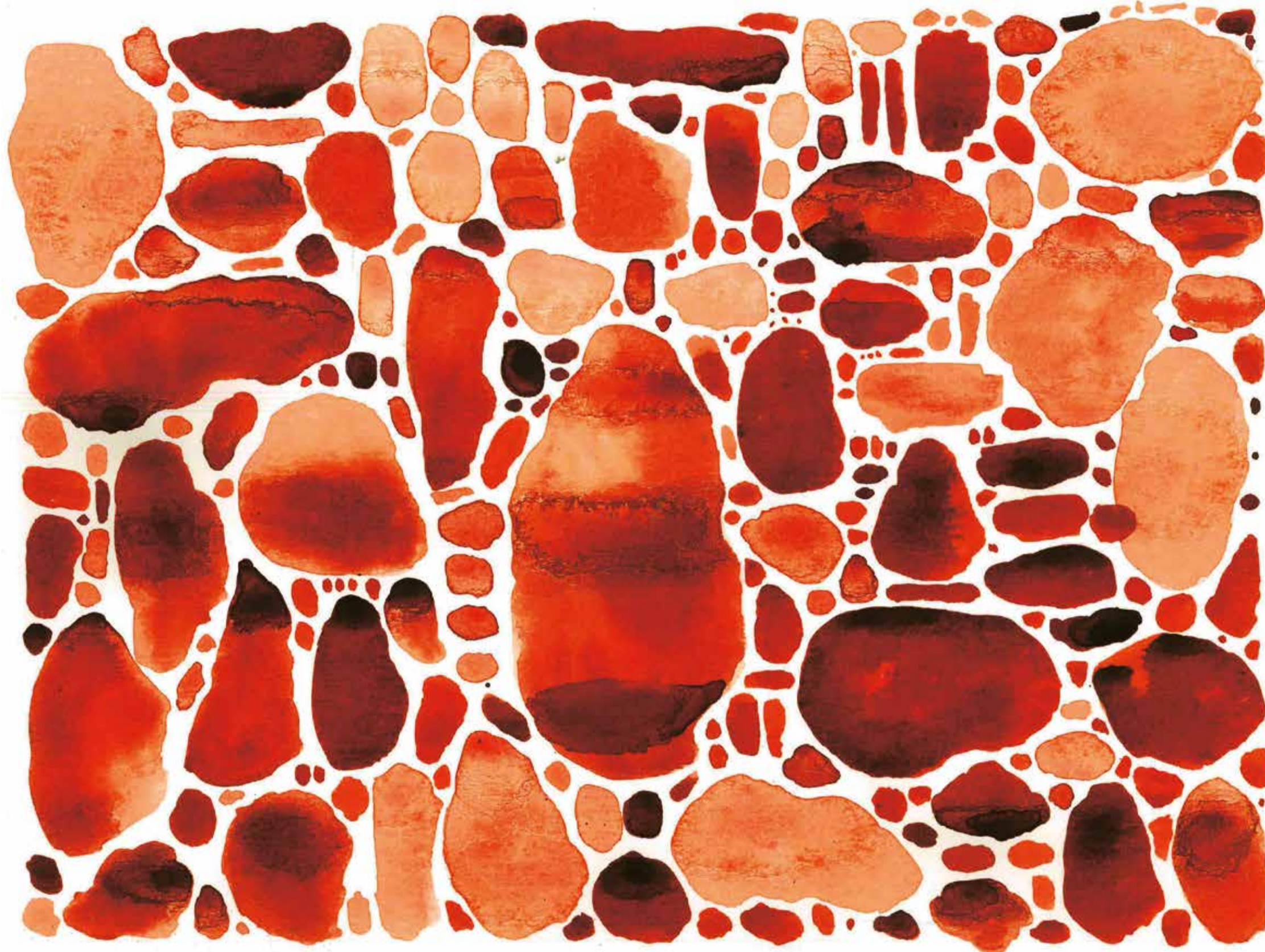
Inmensidad y sabor. No es por lo inmenso como tal, sino por lo solitario de 130 000 personas conviviendo en un territorio casi tan grande como Antioquia. Un repaso a la plaza de mercado muestra que producen plátanos y yucas, plátanos y yucas y plátanos y yucas. Una papa es un sinónimo de distinción en la sopa. Y parece que en el Guaviare solo los ricos comieran ensalada. Pero lo que más me asombra es la magnitud de estas soledades. El río Guaviare, tan ancho como el Cauca, inundó las vegas este año y muchas fincas están con el agua más arriba del cuello de un hombre mediano. “Junio y julio son terribles. Y en mayo el Guaviare estaba seco”, me dijo un vendedor de plátanos. Desconsuelo, negocios inundados, pérdida de cosechas. “Y nos falta un mes”, completó un vendedor de maracuyás. También se produce el limón mandarino y se engorda ganado. Las vacas del Guaviare son hermosas con estos pastizales, limpias, mimadas. Las vaquerías han tumbado el monte.

La gente aquí es pequeña como yo. Aquí no me miran raro; no soy enano, soy un descendiente de indios. No fui a caminar hoy y aproveché y para ir a la plaza a conversar con la gente. Son amables, pero evitan ciertas conversaciones. Y cocinan las sopas más deliciosas del mundo. Y no es una exageración.

El cocodrilo que ordena silencio se manifiesta. Fuimos a una finca ecológica en la que nos llevarían a un paseo de ocho kilómetros por la selva. Es una finca de ochenta hectáreas que adquirió un soñador en los años setenta. Sus herederos administran el lugar, cinco hectáreas de cultivos y un excelente parador turístico con restaurante y piscinas. Las hectáreas restantes son selva pura.

Para la caminata partieron el grupo de visitantes en dos. El guía de mi grupo era un hombre alto, mandón, con botas militares y, según él, experto en supervivencia. Diez estrictas reglas nos impone antes de salir, sin dejar espacio a las chanzas o los comentarios. Nos pide orinar los árboles “para nitrogenarlos” como lo hacen los perros. Cero plásticos, cero celulares, fila en el camino, con apenas tres metros de distancia entre personas; hasta para preguntar había que levantar la mano.

En la selva y sin testigos, el tipo nos explica qué pasaba antes de la firma de los acuerdos de paz: el



campesino vivía en su finca y allí llegaban unos hombres a quitarle sus animales, su gallina, a ponerlos a su servicio, y nos muestra cómo ponen el fusil en la nuca de los desplazados. El hombre sabe cómo se pone un arma en la nuca. Nos habla de las muertes y de los desaparecidos, comienza a decir unas verdades que parecían acercarse a la realidad de una zona dominada por colonos armados en defensa de sus propiedades. A la media hora de caminar llegan por él unos hombres que le piden conversar un poco más adelante. Nos deja solos en el monte. Se lo llevan a una arboleada y discuten no sé qué, mueven las manos, lo cercan. Me separé un poco del grupo para observar el diálogo, aunque no podía oírlo. Nos pican los mosquitos y la gente comienza a preguntar qué pasa entre el follaje. No seríamos capaces de salir solos de allí. Hubo propuestas de seguir. Me niego. Al rato el tipo vuelve evidentemente congestionado y nos guía hacia la finca de una manera desordenada, incumpliendo varias veces las estrictas reglas que nos había impuesto. No volvió a hablar de los sucesos de la guerra y de cómo esta se había manifestado en el territorio.

Por la noche fuimos a una reserva indígena, tucanos occidentales. Son 87 familias (cuatrocientas personas) en un resguardo de 302 hectáreas. Fueron reconocidos en 1987 con escritura pública otorgada por el gobierno. La comunidad está dentro de San José del Guaviare, y se sienten copados por los ruidos crecientes de la ciudad. Nos invitaron a comer pescado moquiado (cocinado a fuego lento) y bailaron para nosotros una pieza en parejas en la que el grupo se desliza como una gran boa en los meandros. Tocan quenás y unas flautas largas y chillonas. Su música es lenta y promueve el silencio. Van vestidos con faldones hechos de las fibras de una palma y sus tobillos son adornados con semillas de colores. También bailaron los niños. Las adolescentes parecían tener vergüenza de su abrazo a los niños bailarines, que tocaban flautas y quenás de una manera acompañada. Cuando un niño baila su cultura, la induce a no perecer. Por un lado de la mesa, nuestro antropólogo le preguntó al indígena mayor cómo hacían para que los niños recibieran y "protegieran" su cultura. El indígena nos comentó que era difícil aislarlos del reguetón urbano, el cual mucho les gustaba y los llevaba hasta esconderse para escucharlo. De ahí el riesgo de desaparición de aquellos ritmos propios. ¿Qué hacer para perpetuar una música que resuena en el corazón de los pájaros? Comimos el pescado, el casabe que es el pan o la arepa de los indígenas, un delicioso extracto de piña que no había probado y una ensalada de aguacate. Luego nos ofrecieron sus artesanías. Me quedó sonando esa música como si la llevara adentro. Doce mil años tienen mis barbas.

Viernes

Cuenta el mito fundacional del Amazonas que la gran anaconda se deslizó por la selva y depositó los pueblos en los meandros de los grandes ríos. El último pueblo que depositó en la selva fue el de los nukak. Y a ellos los llamé, creo yo que despectivamente, nukak makú, que en huitoto significa "hermano menor". Esta tribu indígena tiene unas características especiales: pómulos salientes, frente amplia, párpados asiáticos. Se cortan, con el filo de una palma, el pelo al ras sobre la frente. El arqueólogo me dijo con tristeza que esos niños que andan por ahí en el parque de San José son nukak. Luego de su contacto con la civilización han sido condenados a la mendicidad. Un niño indígena se me había arremido ayer a la mesa donde estaba comiendo y miraba mi comida con tanta ansiedad que lo invité a comérsela.



“¿Quiéres?” Me señaló que sí y le dejé el plato. Trajo a su hermanito menor, empaclaron la ensalada en un vaso plástico y devoraron la parte que quedó. Desaparecieron de la mesa sin avisar.

Los nukak makú fueron la última comunidad contactada en Colombia. Seguramente sirvió para la graduación de algún doctorado sobre esas familias nómadas, pero ahora varios de ellos habitan el parque de San José del Guaviare, extienden sus hamacas entre los árboles y viven de la mendicidad. No se hizo lo necesario para darles bienestar y proteger su cultura. Son verdaderos hermanos menores. ¿Y por qué no vuelven a su lugar en la selva?, le pregunté al antropólogo. “La casa de ellos ya está tomada por los grandes caimanes”. Ahí entendí el término. Estoy en la casa de los caimanes que promueven el silencio con ronquidos de fusil.

Sábado

Algo o alguien, seguramente Vulcano, lanzó piedras al Guaviare y cayeron superpuestas de maneras muy particulares. Son lajas de semillas líticas que la erosión fue labrando para deleitar nos los ojos con obras de arquitectos modernistas. El caimán esperando su presa; una punta con cara de delfín; el camaleón vestido de lama y musgo para la ocasión; un pato; una pétrea cigarra que hace llorar al viento; una tortuga que ha dejado su cola expuesta al sol. Todo eso lo he visto en las piedras del Guaviare, sin necesidad de presionar la imaginación. ¿Quién las puso allí? No sobra decir que fueron el tiempo y la gravedad, cuando explotó la bomba que hizo humanos a las larvas. Las piedras de Los Andes son continuación de los rayos. Las del Guaviare descansan para saltar cuando la tierra vuelva a moverse de arriba abajo.

Domingo

Fuimos a bañarnos a un charco que formaron las piedras de un antiguo volcán. No hay vida en esas aguas y el líquido tiene un olor a azufre. Para llegar allí había que pasar unos grandes canales entre piedras volcánicas y los guías tenían que ayudar a los más viejos, niños e incapacitados. De verdad las brechas

eran imponentes, sin un fondo preciso, oscuro, liso y pedregoso. El peligro de caer al vacío era real. Llovió fuerte y se me mojó el celular. Nos metimos en el agua fría y con lluvia. El piso era áspero y sin lamas. Al momento llegó un bombero que nos advirtió de las crecientes en estas aguas y nos dio diez minutos para salir. Caminamos dos horas entre el peligro, para bañarnos y jugar solo diez minutos. ¡Valiente paseo! Le pregunté al bombero si había pasado algo antes: “Cada rato tenemos que venir por gente que se queda atrapada. No se confíen. Diez minutos no más”.

Como no llegaba el transporte para volver a San José, comencé a contarles a los compañeros de viaje la historia de Guzmán el Bueno. Gozamos mucho, pero cuando llegó el transporte la gente se dispersó. No pude terminar la historia. Será otro día. Apenas llevaba cuarenta minutos contándola. Cuando la gente me preguntaba por lo que le había pasado a Guzmán el Bueno, yo les decía: “Miren la enciclopedia. Así mismo termina mi historia”.

Cierre del Encuentro Nacional de Caminantes

Música en el Parque de la Gobernación del Guaviare. Se desató el llanerío y ahora el Guaviare baila sosteniéndose el sombrero y sacando polvo del piso. Lo bueno era que no había borrachos. A los borrachos y drogadictos de aquí se los comen los caimanes que no vine a cazar. Bailé con los indígenas, una danza parecida a los movimientos de una serpiente. Una india avergonzada de tener que salir a bailar me acompañó durante toda la pieza, enlazándome por los dedos a la costumbre de su tribu. Se llama Rosalba y me dijo que sabía poco español cuando le pregunté algunas cosas más de su comunidad. Olfía a plátano y yuca. Pero yo creo que no quería conversar para no desconcentrarse con el baile que lideraba.

Lunes

Los tucanos orientales son silenciosos como sus árboles. Para sus bailes

visten de hilos de curare, pintados con colores sugestivos. Y para invitarnos a comer su plato tradicional nos pusieron una hoja hervida de plátano. Con la fragancia de la selva húmeda, el plato estaba marcado por el agua caliente y sobre él pusieron el pescado, el cual desarrollaron de otra hoja un poco más clara. La hoja de plátano es un plato que no se repite, que no hace ruidos y, en mi caso, que no necesitó de tenedor porque desgarré la carne de la fiera con mis dedos y uñas, como se hace en la selva. La bebida fue un extracto hervido de piña, espeso y fibroso, que resaltaba el azúcar. Tremenda combinación de sal y azúcar, que le daba un toque como los de mi abuela Inés, cuando mostraba el cariño a través de los sabores. Esta vez fue igual, pero el silencioso plato de hoja de plátano marcó una inolvidable diferencia.

Martes

Bueno es conocer, aunque sea someramente, nuestros pueblos de la periferia, esa realidad olvidada de nuestros gobiernos, que limpian la casa por donde pasa el dueño. Descubrir esos tesoros escondidos que las mafias de la guerra nos impiden ver cuando se pelan los dientes entre ellos; poder reunirnos ante el vigoroso vómito ya petrificado de un antiguo volcán. Todo eso nos permitió este paseo a un paraíso de naturaleza como el Guaviare. Pero hay algo más importante: conocer a los interminables caminantes, ejércitos de hormigas con botas y capucha, gente siempre dispuesta a colaborar; a animar a los demás a continuar el camino pese al calor y la humedad.

Seis días de grandes experiencias pétreas en elogio de las dificultades, al decir de Estandislo Zuleta; el camino terrible del río lleno de experiencias nocturnales y advertencias metálicas de peligro; experiencias que no son otra cosa que nuestra misma Colombia.

Nunca encontré caimanes de verdad al lado de los ríos. Pero ellos me dijeron que más adentro en la selva, lejos de la pesca en el río Guaviare, tal vez habría mucho caimán silencioso tumbando bosque y haciendo negocios crecientes que se pagan a más de dos mil pesos el gramo. ☺

PRESENTAN

onestage PRODUCCIONES

TEATRO **PABLO TOBÓN URIBE**

El Principito

EL MUSICAL

DIRECCION **FELIPE SÁNCHEZ**

ADAPTACION **MAURICIO FACIO LINCE**

“BIENVENIDOS A UN FANTÁSTICO MUNDO QUE TE SORPRENDERÁ, TE EMOCIONARÁ Y TE CAMBIARÁ LA VIDA”

DEL 1 AL 12 DE ABRIL

Tuboleta 2020

590-6200 DESDE TU CELULAR #593

tuboleta.com

TEATRO PABLO TOBÓN URIBE

EL PRINCIPIPO MUSICAL COLOMBIA ONESTAGEPRODUCCIONES

ELPRINCIPIPOELMUSICAL.COM

INVITA: **MANZANA POSTOBON** **ARGOS** **éxito** **Comfenalco Antioquia**

MEDIO ALIADO: **Parque Comercial Oficial** **El Tesoro Parque Comercial**

ALIADO: **iberacademy**

PULPEP-ACP320

PÁRAMO PRESENTA

CAIFANES

Medellín - 19 de marzo

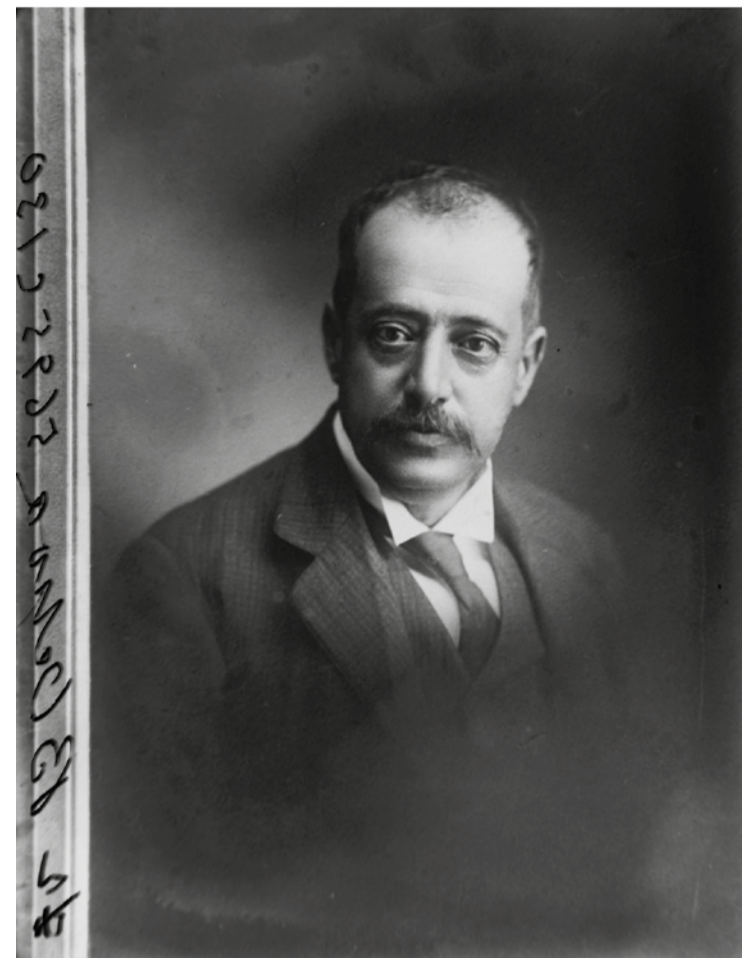
La Macarena

PULPEP-TF791

Salir en hombros

La de un tal Baltasar Ochoa es también la historia del huérfano aguerrido que logra ser alzado en hombros por las multitudes. Pero no en versión de superhéroe o de alcalde... sino de médico. Y en este caso, y a propósito de la más concurrida de estas fotos, cuando ya había atendido al último paciente. Para haber tenido la despedida masiva que aquí vemos, es curioso que ya nadie cuente su historia. Y que para medio recomponerla un poco toque reunir retazos dispersos por ahí, entre párrafos sueltos en libros viejos, pies de foto o secciones de "Páginas Olvidadas" en volúmenes sobre médicos antioqueños, que ni siquiera lo incluyen en el índice. Y si no existe libro ni folleto dedicado a su memoria, menos todavía un monumento: el que había lo demolieron a martillo y pica los constructores de la avenida La Playa a mediados del siglo pasado. Porque a esta historia se puede llegar también sobre un puente. Uno con nombre de rey mago y apellido vernáculo, que unía las dos orillas de una quebrada que ahora es invisible: el Puente Baltasar Ochoa, que sobrevoló por años la quebrada Santa Elena (hoy avenida La Playa), en el cruce con la calle de Carúpano (hoy carrera Sucre) y que fue bautizado en homenaje a este famoso médico olvidado. Esquirlas de historia como esas cuentan que nació en febrero de 1859, en una finca "entre los distritos de Santa Bárbara y El Retiro". Y que para llegar a ser "uno de los hombres más queridos y populares de esta capital" no la tuvo nada fácil. "Huérfano de padre a los cuatro años, la mala situación pecuniaria de su familia lo obligó dedicarse a labores agrícolas y pecuarias hasta la edad de 17". Cuando pudo deshacerse del azadón y el zurriago, el joven Baltasar, temerario, emigró a Bogotá a estudiar literatura "en el Colegio de San Bartolomé, donde obtuvo el título de bachiller". Y luego, "luchando brazo a brazo con la miseria",

logró obtener "lucidamente el título de Doctor de la Facultad Nacional en el año de 1888", cuando rondaba ya la treintena. "Ejerció por varios años en Fredonia y allí sentó las bases de una modesta fortuna, en el negocio del café". Tanto que, alrededor de sus 36, pudo darse el lujo de irse a Europa en "viaje de estudio" y volver un par de años más tarde a radicarse en Medellín. Se cuenta que ejerció "brillantemente su profesión", que fue profesor "de varias asignaturas en la Facultad de Medicina" y redactor de los *Anales de la Academia de Medicina de Medellín*, en tiempos en que la granalla, el ántrax difuso o las histerectomías desvelaban al gremio. Y fue, además, médico personal de familias poderosas, como la de Ricardo Olano. Pero no fueron sus éxitos, títulos o relaciones con la alta sociedad lo que lo hicieron célebre. Sino su "benevolencia y nobleza de corazón", si creemos en las palabras que acompañan, insistentes, las escasas menciones de su nombre. Según parece, al médico rico nunca lo traicionó la memoria y se entregó a aliviar los pesares de cuantos pobres le cabían en la agenda. Y se terminaría de convertir en leyenda después de que la muerte lo sorprendiera en pleno servicio: falleció "prematuramente en la casa de un paciente pobre", "cumpliendo con su deber de honrado médico al frente del lecho de la enferma confiada a su cuidado". Su entierro fue multitudinario, y el cortejo colmó las orillas de la quebrada Santa Elena —que quedó retratada aquí también— una mañana (¿o una tarde?) de 1914. No era cualquiera, en todo caso. Era "el médico más democrático que tuvo la Villa". O eso decían. Porque ya nadie se acuerda. Y de todo eso ya no queda nada, salvo algunos retazos y tres negativos de la Fotografía Rodríguez, resguardados en el Archivo Fotográfico de la Biblioteca Pública Piloto.



2



3



1. Puente Baltasar Ochoa. Foto de "Obando" en Figuras significativas en el tricentenario de Medellín, de Arturo Puerta y Olimpo Gómez.
2. Baltasar Ochoa. Fotografía Rodríguez, 1914.
3. Entierro del doctor Baltasar Ochoa. Fotografía Rodríguez, 1914.

Karoty
PARAFERNALIA
PARA FUMADORES

En el Centro comercial Medellín, contiguo a la Plaza Minorista
Calle 54 N°57 60 Local 197
Celular: **311 634 21 85**

PIZZERIA
CENTRO

Martes a sábado de 4:30 a 11:00 p.m.
Calle 57 (Argentina) # 41-57
Reservas: **254 45 10**

CAFE-BAR
CASA DE ASTERIÓN

Músicas del mundo, arte, bebidas y cafés
Calle 54 # 42-07 Centro • Tel: 216 8302
Fb: @CasadeAsterion

BEBOP BAR
ROCK & BLUES

CARRERA 71# 44A-04 FLORIDA NUEVA
UNA CUADRA ARRIBA DE LA BOMBA
DE SAN JUAN CON LA 70
ABIERTO DE MARTES A SÁBADO
DE 5 DE LA TARDE A 2 DE LA MAÑANA

raya
Red de Ayuda a los Animales

NUESTROS SERVICIOS

- Esterilización
- Exámenes de sangre
- Microchip
- Desparasitación
- Vacunación
- Limpieza dental
- Pruebas de sida y leucemia
- Asesorías en convivencia responsable
- Juguetes y accesorios

317 6604522
info@corporacionraya.org
www.corporacionraya.org

Due Amiel
PIZZERIA
CAFE

Cll 49# #64-58 | 230 56 02 | www.dueamiel.co

actibienes
TIENEN UNO CON PROPIEDAD

**UN HOGAR,
UN PLANETA.**

MAVU 02
Bienes raíces • Consultoría jurídica • Miembros de La Lonja de propiedad raíz
© actibienes | tel. (034) 250 30 11 | info@actibienes.com | Circular 74 #39-01 | www.actibienes.com

Nuestra comida es un acto de amor y sanación.
Es un momento de conexión con el otro,
por medio del cual tenemos la posibilidad
de recordar que la vida, con toda
su magia y creatividad
es INFINITA

Carrera 64C # 48-188
Suramericana 5 local 101
Teléfono: 2302522

Restaurante
EL ÁRBOL DE LA VIDA
Comida Natural

raza
café

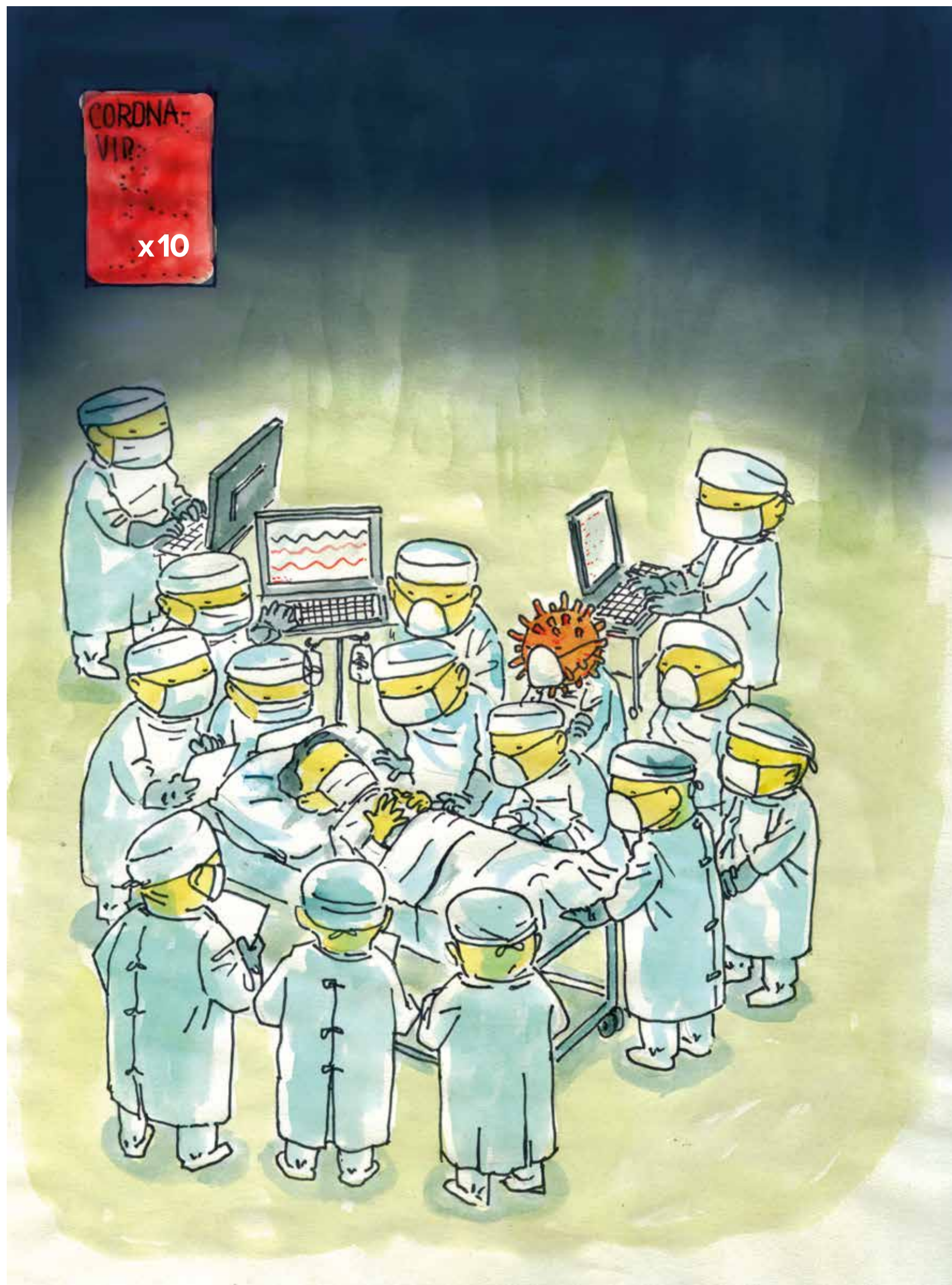
Exposiciones permanentes de arte,
recitales de poesía y tertulias varias.

Lunes a sábado: 8 am – 10 pm
Domingos y festivos: 4 pm – 8 pm
Calle 47 carrera 42 – 90
Local 124
Torres de Bomboná

PRANA
Bar

MÚSICA EN VIVO VIERNES Y SÁBADO

Cll 47 #42-48 Local 104
Torres de Bomboná
Tel. 2170489



cinéfagos.net 15 años

Crítica de cine, cine colombiano, nuevos medios, cómics, artículos y ensayos.

 /cinefagos.net

 @cinefagosnet

PLUNETAS

*Hace poco tiempo,
en una galaxia muy,
muy lejana...*

Científicos de la U. de A. calcularon que existen plunetas:
¡Planetas que antes eran lunas!

Esta predicción nos ayudará a comprender cómo se forman los planetas en el universo.

Fue destacada por científicos y medios internacionales.
¡Estamos muy orgullosos!

¿De dónde salen los plunetas? De planetas muy lejanos (exoplanetas), gigantes e hirvientes llamados **“Júpiteres calientes”**.

Estos Júpiteres enormes a veces son arrastrados por la estrella que orbitan, y en ese **“tirón gravitacional”** pierden sus lunas.

Estas lunas se convierten en pequeños planetas o **plunetas**.

Conoce más del universo en

PLANETARIO DE MEDELLÍN



Educación para la vida Comfama

La hormona del estrés...

Se llama cortisol y disminuye cuando se toca un instrumento musical habitualmente.

· Música · Literatura · Contenidos digitales
y *Storytelling* · Taller para escribir cuentos ·

Matrículas
16 al 29 de marzo
www.comfama.com/matriculas



comfama